

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

ARMAS Y LETRAS

ARTE · CIENCIA · INVENTO · VIAJE · DEPORTE · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR PROPIETARIO
— VICENTE VALERO DE BERNABE —

30 DE JUNIO DE 1924
AÑO V. NUMERO 82



LA PISTOLA NACIONAL



Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA
GUERNICA (VIZCAYA)
DELEGACIÓN GENERAL A. V. DE BERNABÉ
DUQUE DE OSUNA, 3.-MADRID

Única reglamentaria en el Ejército
Única reglamentaria en la Marina de Guerra
Única reglamentaria en el Cuerpo de
Carabineros, en el Cuerpo de prisiones y
para los Jefes y Oficiales de la Guardia
civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos
estas pistolas por conducto de

ARMAS Y LETRAS

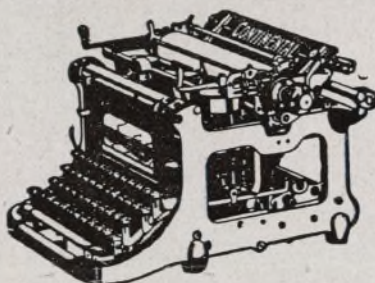
PEDRO ANDION

IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8

TELÉFONO 14-87 M.

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cuties y terlices para colchones.—
Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes
para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—
Lanillas para banderas.

LA MAQUINA DE ES-
CRIBIR QUE REUNE
TODOS
LOS ADELANTOS
MODERNOS



PIDANLA A PRUEBA
A LOS CONCESIONA-
RIOSEXCLUSIVOS para
ESPAÑA, PORTUGAL
y MARRUECOS

ORBIS, (S. A.)

MADRID: Hortaleza, 17.—Teléfono 44-58 M.
BARCELONA: Balmes, 12.—Teléfono A. 458.
VALENCIA: Mar, 8.
BILBAO: Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA: Quint, 7.
SEVILLA: Rivero, 7.
TOLEDO: Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden
máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

CALCULADORAS

A L Q U I L E R

Taller de reparaciones de toda clase. --:-- Accesorios para todos los sistemas.

Especialidad en Muebles de Oficina --:-- --:-- --:-- PIDAN PRESUPUESTOS

Ayuntamiento de Madrid



(DIALOGOS MILITARES)

CARTAS ENTRE JUAN Y PEDRO

Querido amigo Pedrote: ya estoy mas mejor d'aquello de la cocota que m'hizo el muslín que icimos Paco y que no sabia apuntar: aluego dirás que soy cabezudo: no se conoce, porque yo, cuando los blancos son grandes, m'acuerdo yo que en aquellos días que tirabamos a veinticinco metros, di dos u tres veces: siempre fuiste, a mas de baturrico, andaluz y a una perra gorda a que no comprendes lo que quieo icir con hacete de dos tierras?

Por poco nos estozolamos de risa, tóos los amigos, cuando leímos lo que ícias de las mozas del pueblo, que toas s'han plantao en menos de veintitrés años y digo yo como el furriel —tan y mientras qu'estén frescotas, pos, dejalas, que tengan los años que quieran y que no voten— me parece a mí que el señor Cura, no tenia necesiá de cavilar: ¡ya s'harán viejas, ya! si estan tan majas de jovencicas ¿pa que amargales la vida, iciendolas los años que tienen? es como si a tu, pongo por un decir, t'estuvián siempre iciendo que eres mu feo ¿verdad que no t'haría gracia?

Ove, Pedrico ¿de aonde has sacao eso de que agora tengo cosas que contar? si aquí, no pasa res figurate qu'hasta nos aburrimos: si no fuera por alguna partidica de mus que de cuando en cuando echamos y por que mus dejan ir algun qu'otro domingo a la plaza a ver lo qu'hacen las cocineras robustas y las niñerías, esta vida sería sopadifera, que ice el tiniente Bailez: si acaso, al ir a llevar la compra a los campamentos d'allá bajo, media docena de tiricos y algun mojamete que cae; total, ná.

¿Te dije que un día d'estos vamos a hacer algo que no te figuras? güeno: pos, si no te lo he dicho, ya te lo he dicho: pa que veas si será u no, cosa seria, va a venir a velo el presidente del Decretorio, qu'andao por tóos los puestos y se conoce esto, parejo que si de chiquitico hubiá jugao por aquí: ya comprenderás que pá vernos dar un paseo de esos que ícen de reconocimiento, no vendría: a mí no me parece raro que venga ¿es que no es natural que las cosas de la melicia le tiren una miajica?

Si te contara tóo lo que se hice por los campamentos, tendrías pa reite un rato ¿sabes lo que te digo, maño? qu'esó de que las mujeres son alparceras, habrá que pasáselo a los hombres, porque no sé yo, si en un lavadero aonde vayan muchas mujerucas, inventarían las alparcerías que aquí se colan: tié gracia, que el que mas y el que menos, tenga güena tinta pa saber las cosas o beba en buenas fuentes, que ya es tener suerte en esta tierra ¿por que será eso de qu'el agua d'aquí, te ricuerda siempre a la que ícen de Loeches? no se explica que los mojametes no beban vino... güeno: qu'Alá no les deje catalo, lo poemas creer, pero que si le íces a uno, sin que l'oigan —ala a tomar un chato— te contesta —Alá es grande— dimpués de bebeselo, es fijo: s'hicían tanto caso d'otras cosas del Coran, otro gallo mus cantara a ellos y a musotros... mía qu'hacer

creer a las moras que si guñan el ojo a un perro infiel van al infierno... ¿que crees tu, que no habrá ya bastantes condenás? iba a icir que eso es cosa de la cencivilación, pero, me parece que voy a armame un lío... otro día te lo iciré ¿querrás?

¿Que será, que dende hace unas semanas, muchas casucas que no tenían gente, se ve ahora qu'hay mujeres y chicos? ice el capitan que son familias que estaban mas allá de los montes, aonde hay soldaos franceses y que s'han convencio de que puén vivir en su casa y por eso güelven: el tiniente Bailez, como es tan escamon, ice que le parece raro que no hayan venio antes: enseguida se enzarzan en preguntas y cosas raras y no se callan hasta qu'el capellan les dice —no le den ustés vueltas: pasará lo que Dios quiera— y nos queamos tóos, tan enteraos ¿no se parece eso a lo que ícia aquel viejo de —pasará una cosa u otra?— pos, mira tu lo que son las cosas: eso, es lo mas seguro y claro que yo te pueo icir.

Los que andan que no deben tener tiempo ni pa rascase, son los que volan: en too el día, cuando no está nub'ao ni hay levante, no pasa una hora sin que veas uno u tres u cuatro pajarracos: y que bajicos van casi siempre: toos van siempre al mismo puesto: a dar güeltas por encima d'aquel pueblo que le pusiste nombre y que me parece que se lo vas a tener que cambiar: a mí, me da susto velos pasar, porque, raro es el día que no se escacharra alguno... si no pué ser, señor: mus empeñamos en querer hacer lo que hacen los hombres y lo qu'hacen los pajaros y no pué ser... es como si los aguiluchos y los vencejos, cogían un fusil y se metiesen a soldaos.

¿Crees tu qu'hacen mucho? pos mira, si hacemos numerics, en cada peazo de pared que tiran, con lo que cuesta tirala, podías comorar el campo en que está la pared y hacete una casica y... amos, cue las cosas qu'inventan hoy los hombres p'hacer la guerra, son como los rios que tienen muchas piedras en el fondo: tóo se güelve estrépito y ni te pués bañar, ni riegas mas que dos u tres campicos y malamente, con el agua que llevan.

A mí, me se enricuerda mucho lo que ícia un señor que no se como se llamaba, ni cuando habló —dónde haya hombres, pa entrar, si no dejan, hombres y naa mas— ¿que no tenía razón?... como quierás: no tengo ganas de calentame la cocota, pero, sí te diré, que muchas cosas que al velas, nos hacen quedanos con la boca abierta, se tarda mú pouico en ver que son una filfa ¿no t'acuerdas d'aquel catalán que fué una vez a la feria del pueblo y querfa colocanos una esconeta que mataba las liebres y te las ponía en un plato guisás, con salsa y too?... pos hay muchas cosas que se le parecen.

Mas mejor es lo que ícen que va a hacer el general que manda toos esos pájaros que tanto ruido meten: creo que va a poner como correos qu'irán d'un puesto a otro la mar de prisa: eso, ya tié otra cara, si señor y coste que... güeno, que ya t'escrito masiao y que me voy a ver lo que ícen los papeles que tóos los Domingos le mandan al furriel: recibirás un recuerdo suyo y de este que lo es, tu amigo — Juan.

Querido Juanico: menos mal que dijiste pronto que no había sido ná lo de la cocota, pues, cuando lei que estabas en el Dokler, me llevé un buen susto: ¡cosas que le hacen a uno pasar los amigos; cuando se les tié ley! cuidao que te dije bien de veces que no te confiaras, pero, como siempre presumiste de tener la cabeza dura, pensarías que las peladillas de los muslines no la iban a poer agujerear: ya lo has visto ¿eñ que te crees que las cosas duras son las fuertes? ¡no hombre, no!... ¡ah!... el Paco ese que mandaste a por las hurises, déjalo, qu'allí está bien y si no... pos, que s'aguante y hubiá aprendido como se manda una trayetoria pa que s'ajuste con la de tiro y hagan un impato: no pué uno reñe de las cosas que l'enseñan, manque parezcan enrevesás.

Ties mucha razon en eso que ices de que los mojametes echarían mejor pelo si quisián ajustase con nosotros: también es pena que tiniendo campos güenos y agua y un cielo casi tan majo como el nuestro, no cojan casi ná: y tóo, por tozudos, por no querer que los enseñen ¿que le vas a hacer? les cabezotas, cuando menos, son hombres y a los hombres hay que respetales su sentir: dimpués de tóo, si no es hoy, será mañana u al otro, cuando se abajen del burro y si no se quien bajar, allá ellos.

¿Quiés que te cuente cosas de las que pasan aquí? güeno: te iré una, pero no m'hagas preguntas por que no te contestaré, ya lo sabes: con saber lo que sepas, ties bastante; ya está dicho: ¿que no endivinas?... si eres mas torpe... como no te digan una cosa del revés y del derecho, lo que es la comprenencia tuya... güeno... ya sabes que en un Consejo de guerra que le icen supremo por que está encima de toos, van a ver si d'aquello de Anal, tuvo alguien la culpa y quien fué y... t'aguardas, que ya te dirán lo qu'haiga, cuando se vea; o ¿eres tan ansioso que quiés que te lo digan antes de velo?... ala, que se t'apaga la lumbré; ¡a lo tuyo y a callar!... ¡rediez si eres parlaor!

No creas tu que descansan aquellos unioneros que icen van a gobernar cuando los generales se vayan a lo suyo: no: toos los días, en un puesto u otro, charran a los paisanos y hacen procesiones y tóo: el señor cura, está muy contento, pero, el maestro y el veterinario y el notario, no están muy conformes: icen muchas veces que en lo qu'es de tóos, debemos meternos tóos: a mí, no me paece que icen mal, mas que, pa curar a un enfermo, hay qu'ir a velo; si te estás en la plaza, bebiendo y jugando al mus y tan y mientras va el vecino, a él le agradecerán la cura.

El señor alcalde, que es poco charraor, siempre que custionan los demás, con mucha tranquilidad y hasta con sorna, tié palabras pa los d'uno y otro bando: al cura le ice —no m'hace gracia, mosen, que lo quián ustés arreglar tóo solicos: si estos, no quien hacer ná, lo que debían hacer es cogelos por los zancos y obligales, por que es muy comodo eso de dejar que hagan los demás pa luego icip que está mal lo hecho: a mas, si los dejan ustés en la vagancia, creeremos tóos que les estorban...

Total; un lio; como son tóas las cosas de la política, que tié mas mentiras que el qu'inventó el men-

tir: claro; las gentes están escamás y tan y mientras qu'haiga uno que leve el carro, pos, la del otro: un trago de la bota y a dormir, que ya te avisarán cuando llegues: no les falta razón, pero ¡reconcho! asina, no vamos a estar siempre y cuando el Diretorio se vaya, algo habrá qu'hacer; por mas ensebá que una rueda esté, si no hay quien la empuje, tié que parase ¿no?

Hablandote un poquico de ca cosa; ya sabrás qu'hemos tenio a los reyes de Italia una semana, entre Parcelona, Valencia y Madrid ¿por que serán asín de prisa esos viajes? mía qu'el pobre señor, un día de los que lei lo que le hicieron, me lo echaron ca pá la calle a las nueve de la mañana y no lo dejaron acostar hasta la una de la madrugada: amos, que llegar a Rey pa que te traten asina: ice el notario que too eso son cosas del protocolo y como no nos ha dicho quien es ese señor, nos queamos con la gana de sabe'lo: en fin ¡pobrecico señor! qu'a gusto habrá cogio su casa.

Aquí en el pueblo nos divertimos la mar: escomenzaron las mujerucas conque si debíamos ir a la estación a velos pasar, que venían en un tren muy majo y pué que dejaran algo p'al pueblo: allá que fuimos y el secretario nos engañó y cuando llegamos, faltaban dos horas entoaavía: charrando unos ratos y otros durmiendo encima d'unos sacos de pimenton, estuvimos aspera que t'aspera, hasta que empezaron a dar voces les de la estación y nos espabilamos: vino la guardia civil; sentimos un pitio muy largo y mus cegó el polvo del tren que pasó a tóo meter.

Rediez si nós reimos al ver el chasco: tié gracia que de tantos como eramos a denguno se le ocurriera preguntar si paraba el tren: menos mal que llovía bastante y la horica larga qu'hay pa llegar al pueblo, la pasamos iciendo y haciendo cochufletas y acercandonos a las mocetas pa que no se mojaran... lo mas chusco fué a la mañana, cuando escomenzaron a hacenos preguntas los que no habían corrido la juerga ¿ves lo que nos había pasao? pues, la tía Rosa, la madre de la Baltasara, estuvo contandoles a las viejas, hasta los botones que llevaba en la camisa el rey forano, armandose el primer lío con que si eran de oro u de pedrería y sin fijarse en lo atontadas que se santiguaban las que oían hablar de la camisa que un hombre llevaba.

Te digo que la mar: yo no me he risotado nunca tanto, ni he tenio el sueño que tenía aquella mañana: —no te sepa malo, me ícia el señor Anton, que toas las noches no pasan reves por el pueblo y un día es un día ¡repaño! total, con dormir la siesta, apañao: ¿verdá que dá gusto ver como le aprovechamos tóo pa divertinos?

Aun querrás que te diga mas cosas: aluego, en la otra que t'escriba, porque pa arreglar unos asuntos de mi agüelico, voy a tener que dir a Madrit unos días y te contaré lo que haiga y lo que no haiga y como icen qu'es muy grande, ya verás, ya: aprepárate pa oír muchas cosas y ya sabes; tu amigo que lo es — Pedro.

Por la transcripción,
FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.



El mejor amigo der zeñó Martín

POR E. G. A.



La barbería del zeñó Martín, situada en lugar céntrico de la población, era el observatorio más importante en el obligado o voluntario paso de tanta mocita jacarandosa como taconeaba la transitada calle; sólo por ello, podría conservarse y aun aumentarse la clientela reclutada entre gente jovial y novelera, porque siendo el zeñó Martín, (a) *Papalina*, el devoto más acérrimo del dios Baco, y sus oficiales dignos discípulos del célebre maestro, el inevitable *desuellen* quedaba compensado con el gustazo de ser tertuliano del clásico salón *coiffeur*, más conocido por el de la *sangre*, y donde más de una vez los vehementes suspiros de las bellas transeuntes hicieran oscilar las bacías colgadas de su pórtico.

Para el que ajeno a estas circunstancias, sentado en el sillón del martirio, sufriendo con el repulsivo y aguardentescos vaho de su ejecutor, las impertinencias anexas a un estado que, no siendo normal, éralo efectivamente, al terminar la espeluznante operación, recibir en pleno desvarío, la frase de rigor: «servido», era pasar desde los linderos de lo trágico al pleno goce de una vida libre de sobresaltos; era quedar invitado a no traspasar los umbrales del famoso establecimiento...

—¿Eztá ozté contento der zervisio, cabayero?—preguntaba el zeñó Martín.

Y entre las sonrisas de rigor de sus satélites, forzosamente, el parroquiano de una hora, midiendo lo sufrido, con el valor inconmensurable de lo que respiraba ya a pleno pulmón, había de contestar indefectiblemente:

—Contento y agradecido; nunca he salido tan contento de otra barbería.

Instantánea ejecutoria que hacía olvidar a aquellos verdugos que la clientela no podría aumentar sino con gente jaranera, porque el que se marchaba contentísimo... ese no volvía más por el lugar del suplicio.

No consta ciertamente por qué un día don Prudencio fuera a arreglarse al histórico establecimiento; pero sí que, ecuaníme, de respetable autoridad en la población, las alteraciones del pulso del zeñó Martín y las características ya señaladas, haciéndole comprender su estado *anormal*, le forzaron a interrogarle:

—Pero, hombre, ¿cómo se atreve usted a poner sus manos en mí, si no puede negar que está bebido?

Zeñó Martín, que derrochaba la *coba* por arrobas, le atajó diciendo:

—Tiene ozté rasón; he bebío, pero he bebío poco; yo mizmo lo reconosco; mi purzo fraquea; qué quíe ozté, no he bebío lo mío, y no bebiendo lo mío, no eztoy en miz caleza; hazta una barba tan zuave como la zulla ze me rezizle.

Y con más *coba* aún, acariciándole, en plan de *plena confianza*, solicitó su permiso para pasar al interior, donde cayeron, según sus propias frases, «doz cortadiyoz de un aguardiente zerrano que quita er hipo y da fuersa pa arreglar ar mizmo Sanzón que ze colara por la tienda».

Al reanudar la operación, tanto alabó las excelencias de su sistema, tanto criticó lo que él denominaba *el afeitado en seco*, y ponderó *el remojo interno*, que ablanda la barba y calma los nervios, que don Prudencio, por no despreciarle, por no llevarle la contraria, hizo la primera prueba.

¡Poder irresistible del virtuosísimo elemento vital!

Desde aquel día, la clientela aumentó con el que llegó a ser el *mejor amigo der zeñó Martín*, constantemente *pelotilleado* por los oficiales de la barbería, y el que, viejo y achacoso ya, seguía sin comprender el significado del afeitado en seco; ¡había que remojarlo interiormente! Tanto, que muchas, muchas veces, hubo de ser conducido en un estado vergonzoso a su propio domicilio, de donde saliera con la sana intención de arreglarse y regresaba desgredado, con mayor barba aún y con una *papalina* que cuadraría muy bien con el apodo de su entrañable amigo, pero no con la prudencia que de su respetable posición y hasta de su nombre de pila, eran de esperar...



Patria

Veréis cómo pasó.

La enfermita se moría; y como si se hubiera establecido un paralelismo extraño o una complicidad trágica, la noche y la muerte se acercaban juntas; y mientras la habitación se llenaba de sombras y a través de los cristales se veía cerrar el crepúsculo, descendían también sombras de muerte sobre la pálida cabeza de la enferma, cabeza de escultura hundida a plomo en la almohada, sobre la cual se extendía revuelta una madeja de cabellos rubios. La expresión del rostro desaparecía, se esfuminaba lentamente; los ojos miraban ya sin ver, y por la entreabierta boca se escapaba la vida en un aliento tenue y fatigoso.

Los remedios humanos estaban agotados; los divinos no hacían falta, porque aquella pobre criatura que se moría no necesitaba Jordán donde lavar sus culpas; le bastaba para el tránsito supremo la inmaculada inocencia de sus diez años mal cumplidos.

Estaba la madre de enfermita junto al lecho, y cerca de ella un médico que vestía el uniforme militar y un hombre entrado en años de cabello gris y curtido rostro, en aquel instante desencajado por la pena. Como nadie hablaba, el silencio era angustioso y sólo turbado por la respiración cada vez más débil de la niña. De pronto sonaron pasos en el corredor, y entró poco después en la habitación un

oficial de Infantería, que se quedó inmóvil junto a la puerta, sin atreverse a entrar. El padre de la enfermita volvió la cabeza, y con voz opaca y temblorosa preguntó:

—Se ha recibido la orden, ¿verdad?

—Sí, mi coronel; acaba de recibirse.

—¿Mañana...?

—Mañana, de madrugada. A las cinco debe estar el regimiento embarcado en el tren.

El coronel añadió concisamente:

—Está bien; a las tres, diana; a las cuatro, formaremos. Dé usted la orden para que todo esté preparado.

El oficial vaciló un momento, y al fin preguntó en voz baja:

—¿Hay esperanza?

—Ninguna, capitán; la pobre se muere.

Ahogó un sollozo, inclinó la cabeza y no dijo más. Si allá en el fondo del espíritu, donde bate en silencio el oleaje de las pasiones, hubo protesta, de la oculta tempestad sólo salió a la superficie, como espumillo leve y amarga, una lágrima muy gruesa que le empañó los ojos.

El ejército español se batía en lejanas tierras defendiendo el decoro de su bandera, y el coronel Moncada esperaba de un momento a otro la orden de marchar. Su regimiento es-



taba preparado desde muchos días antes. En uno de ellos su hija había caído enferma. Desde entonces, a las angustias del peligro cercano se habían unido para atormentar al mísero padre las angustias cruelísimas de tener que acudir al puesto de honor con su espada y separarse de aquel lecho. La terrible idea había cruzado por su imaginación, y cuando una voz íntima, la de su propia conciencia, le había gritado «Cumplirás tu deber», sintió brusca sorpresa, asombro de un instante, un conato de rebelión pronto vencido, sin que le costara

un sonrojo, porque el sufrimiento es tan humano que no avergüenza.

Pasaron las primeras horas de la noche tristes, con lentitud cruel. Llegó un instante en que se separaron del lecho, casi a la fuerza, a aquel soldado pundonoroso a quien la Patria había dado tres galones y Dios una hija que ya no existía. Besó antes de salir de la habitación el lívido rostro de la muerta, miró con extraviada fijeza a la madre, y salió tambaleándose como un borracho.

Una hora más tarde, cruzaba la ciudad al frente de su regimiento. Las calles estaban llenas de gente; los balcones lucían coladuras amarillas y encarnadas como la bandera de la Patria; el pueblo entero brindaba a aquellos soldados, que marchaban al campo de batalla, la ofrenda de su entusiasmo y de su amor; vibraba en el aire el clamoreo general, y el eco de las campanas recordaba a aquel puñado de valientes que Dios iba con ellos a santificar sus victorias.

De pronto, el coronel Moncada alzó la cabeza, que llevaba inclinada sobre el pecho. Advirtió que pasaba bajo los balcones de aquel hogar que dejaba abandonado; miró hacia uno de ellos, y a través de las vidrieras, que estaban entreabiertas como si hubieran dado paso a un alma, vió un resplandor tenue y amarillento mezclado a la indecisa luz de la mañana. El caballo adelantó unos pasos, y el coronel alcanzó a ver entonces el extremo de unos cirios. No se dió cuenta de que el clamoreo había cesado en torno suyo, de que todos le miraban con amargura y con respeto. Fijó los ojos en el balcón, y levantando de pronto el sable como para dar un saludo de honor a Dios, al rey o a la bandera, se despidió en silencio de su hija muerta, que allá arriba quedaba inmóvil, rígida, esperando solamente un puñado de tierra cristiana.

...Y en aquel momento, después de un toque agudo de corneta, la banda rompió con los acordes patrióticos de la Marcha de Cádiz, y resonó inmenso, atronador y formidable un «¡Viva España!»

LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS.

El Gémido

LEYENDA ARGENTINA

En los labios austeros
de un viejo de mi tierra
yo recogí, temblando,
esta página triste de leyenda

—
Era al nacer la patria,
después de la contienda
en que el pueblo de Mayo
con su sangre selló su Independencia.
El brazo formidable
que libertó la América
aún seguía blandiendo, enloquecido,
la espada vengadora en la tiniebla.
Y la espada cayó sobre el hermano,
compañero de ayer en la pelea.
De Abel la sangre derramó de nuevo
«el eterno Caín de la leyenda»...
Fué el *caudillaje*: ¡noche sin aurora
que aún esparce sus sombras por América!

—
Allá, en Barranca-Yaco,
de Córdoba la bella,
estaba la partida de bandidos
acechando el pasar de la galera.
Jefe de la partida: Santos Pérez,
el gaucho más valiente de las sierras,
que ha jurado «salvar a la República»,
mataando a la más fiera de sus fieras.
La virgen de Tulumba lo ilumina.
La virgen de Tulumba lo aconseja.
Sobre el altar sagrado
descendió el anatema:
«¡Debe caer Facundo
herido por tu brazo entre las breñas!
¡No haya piedad para el que amó la sangrel!
¡No haya piedad para el que todo niega!
¡No haya piedad para el que burla y viola
la misma libertad que le dió fuerza!
¡No haya piedad para el que reza y lanza
sobre el rezo la bfeal!
¡No haya piedad para el que osó el insulto
del mismo Dios sobre su propia reja,
requiriendo de amor a sus esclavas,
las mismas, ¡ay!, que de su amor huyeran!»
Eso dicen las voces de la altura,
repercutiendo en la sonora iglesia;
eso oye que le sopla, estremecida
la virgen de Tulumba en sus orejas,

cuando cae Santos Pérez en el ara
pidiéndole ilumine su conciencia...

—
Sale del templo, firme, convencido
que Dios arma su diestra.
Y va a ponerse al frente de sus hombres
acechando el pasar de la galera.

—
Amanece. En la loma
un punto se desprende de la tierra;
crece después. Sus ojos, avizores,
descubriendo la presa,
brillan fosforescentes,
de la roca en la cueva.
Sus hombres adivinan
en la mirada la intención siniestra.
¡Tan llena está de rayos,
que ninguno ha podido sostenerla!

—
—¡A caballo!—Es la orden.
Mientras los remos de las bestias tiemblan,
caen sobre el lomo los jinetes ágiles
y, recogiendo la trenzada rienda,
arrogantes, serenos,
a la cruzada singular se aprestan.
¡Van a matar al «tigre de los llanos»,
aventando en el aire su osamenta!
Suenan el tropel.

—¡De frente y a la carga!—
dice el jefe, imperioso. Van que vuelan.
Ya están sobre la loma los jinetes.
—¡Fuego!—dice la voz. Y la serena
mañana, luz de gloria, se estremece
herida por el rayo de la guerra.
Después, los carniceros
se arrojan sobre todo lo que alienta.
—¡Sin piedad!—grita el jefe.
Y a una voz que salió de la galera,
la voz del mismo «tigre» acorralado,
voz sonora y audaz, voz de pelea,
voz que quiere decir en su misterio:
«¡Paso a Facundo, rey de montoneras!,
le contesta con un pistoletazo
que deja al «tigre» con la boca abierta.

—¡Y ahora a los demás!—sigue, iracundo—
¡Todos deben morir!—

Y la galera

se llena de cadáveres sangrientos,
cumplíndose la voluntad suprema.

Sobre el «tiro» montado,
partida en dos la juvenil cabeza
por el sable cruel, ¡fúnebre burla!
aún queda el postillón. Míralo y tiembla
una vez Santos Pérez, pues aparécele,
en forma tal abierta,
la cabeza del niño
una copa de sangre, copa inmensa,
que el destino brindara a su venganza.
Cierra presto los ojos, pero queda
adentro la visión, ya para siempre,
ya indestructible la visión siniestra.

Acurrucado
montoncito de carne entre la hierba —,
único ser con vida
que del estrago queda,
véase al niño de posta
temblar ante la bárbara tragedia.
—¿Qué hace aquí este muchacho?—grita, loco,
echándose por tierra.
Y empuñando el cuchillo Santos Pérez
de un tajo lo degüella.

Sólo se oyó un gemido,
gemido de dolor y protesta,
que, agitando, inmenso,
fué a extenderse por llanos y por sierras.

El gemido del niño,
afirma la leyenda,
quedó eterno, flotando
en los vientos de Córdoba la bella,
vengador justiciero

de la matanza horrenda.
Y aun cuando Santos viva
oculto entre las breñas,
o se interne en el bosque enmarañado
huyendo a la «partida» que lo acecha,
él oirá en pleno día,
él oirá en la tiniebla
el gemido del niño, siempre, siempre,
llevado por los vientos a su cueva,
como perenne torcedor de su alma,
persiguiéndolo al sol o entre las selvas.

Una noche, en el cruce de un camino,
en la hora más densa,
cuando el pleno misterio de la sombra
el de nuestra alma aumenta,
vió surgir Santos Pérez
la aparición sangrienta:
era el infante mismo
animado el caballo entre la niebla;
el bultito doliente que aún llevaba
la gran herida abierta,
por donde, flagelante,
el gemido saliera,
vengador, justiciero,
a extenderse por llanos y por sierras.
No pudo Santos Pérez
continuar su camino hacia la cueva,
detenido en el cruce
por la terrible aparición sangrienta.
Y al despuntar la aurora,
termina la leyenda,
se hallaba desarmado
frente a la «partida» que lo cerca,
escuchando el gemido del fantasma
que nunca más repercutió en las sierras...

ALBERTO GHIRALDO



Editorial "Armas y Letras"

Fundada esta Editorial para facilitar a los Jefes y Oficiales del Ejército las obras más interesantes que en España y en el Extranjero puedan producirse, referentes o en relación con la carrera militar, inicia sus publicaciones con la de dos libros interesantísimos, a saber:

LOS CARROS DE COMBATE DE LA INFANTERIA

(MANUAL PRACTICO DEL CARRO RENAULT)

del teniente Goutay del Ejército francés, traducido, adaptado a nuestra organización y prologado por

Vicente Valero de Bernabé

PRECIO: 5 PESETAS

Siendo una novedad en España el carro de combate, este libro debe ser conocido y conservado por todos los Oficiales, pues sintetiza de una manera práctica cuanto se refiere a los fundamentos, mecanismo, funcionamiento y táctica del carro de combate Renault, reglamentario en nuestro ejército.

MANUAL DEL OFICIAL DE INFANTERIA EN CAMPAÑA Y MANIOBRAS

POR EL TENIENTE CORONEL GARCIA PEREZ
Y EL CAPITAN VALERO DE BERNABE

Este libro es una colección de reglas y normas militares, en las que están condensadas todas las que necesita saber un Oficial de Infantería en campaña o maniobras. Formando un pequeño libro, cuyo tamaño permite ser llevado en el bolsillo de la guerrera, colección en forma muy interesante y práctica todos cuantos conocimientos interesan al Oficial, referentes a organización de columnas, campamentos, vivaques, atrincheramientos, escuelas prácticas, reglas de tiro, devengos etc., etc.

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos deben dirigirse al Administrador de la EDITORIAL ARMAS Y LETRAS. — Duque de Osuna, 3. — Apartado 886, acompañando su importe en libranza del Giro Postal.



EL CUERPO DE ALABARDEROS

Aunque desde los primeros tiempos de la Monarquía española, todos los reyes de nuestro país tuvieron una tropa especial encargada de la guarda de su persona y de su casa, ninguna llegó a tener una organización regular hasta que fué creado el Real Cuerpo de guardias Alabarderos por los Reyes Católicos en 1504. Bien es verdad que a ellos se debe la organización de los ejércitos permanentes en España y mal podían los anteriores monarcas pensar en organizar regularmente cuerpos para su guardia, cuando viviendo en constante lucha, el ejército era sencillamente una agrupación de mesnadas señoriales primero, y de hermandades más tarde.

Fué el organizador de esta fuerza de Alabarderos, por encargo del católico rey Don Fernando, su capitán D. Gonzalo de Ayora, hombre diestro en las armas, perfecto soldado, de buenas cualidades y portes, hijodalgo, natural de Córdoba, docto, buen poeta y gran orador.

La primera fuerza de alabarderos que se organizó constaba de cincuenta hombres, reclutados entre los mozos de espuela de los caballeros y personajes de la corte, siendo todos ellos de valor probado y de intachable conducta.

En un principio, las gentes, extrañadas de la presencia de aquella tropa, se burlaban de los nuevos soldados, a los cuales hacía desfilar Gonzalo de Ayora por las vías principales, para que se fueran acostumbrando, llevándolos, generalmente, en *profesión de dos alas*, según frases textuales del cronista Fernández de Oviedo, y obligándolos a evolucionar en el campo, a más de adiestrarlos en el manejo de las picas y de las alabardas, con que se les armó, a más de espada y puñal.

Pasado el tiempo, se aumentó el número de alabarderos hasta cien plazas, dándose ingreso a muchos soldados que habían estado en Italia, duchos en el manejo de las armas y acostumbrados a pelear. Sus excelentes condiciones como hombres de armas, y el ser corriente verlos acompañando al monarca siempre que éste salía a la calle, hizo que pronto la fuerza de alabarderos fuese popular y bien considerada.

En el reinado de Carlos I, la tropa de que nos ocupamos fué mejorada notablemente y además se crearon otras cien plazas, montadas, a las cuales llamaban Estradiotes.

Fueron capitanes de estas fuerzas el comendador D. Juan Cabanillas, primero y el de igual título don Juan de Estúniga, después.

«Es oficio de gran salario e mando—dice Fernández de Oviedo—, trae a par de César 200 hombres e pie e a caballo, e del Príncipe, mientras es capitán de su guarda.»

Según Clonard el traje y armamento consistían en jubón, gorra y calzas de paño morado, con rayo heráldico divisado por los colores rojo y blanco de las armas de Castilla y León. El alabardero de línea llevaba por armas defensivas un corselete sencillo, esto es, peto, faldón, espaldar y capacete, y ambos por defensivas la espada y la alabarda.

Más adelante, dispuso el emperador la formación de otro grupo, llamado Guardia vieja primero y Guardia amarilla después, por el color de su vestido; la componían alabarderos inválidos y tenían por misión la custodia de los infantes cuando éstos habitaban fuera del regío alcázar.

En 1561, gobernando los alabarderos D. Gómez de Figueroa, el rey Don Felipe II la dió su Ordenanza, consignándose en ella, los sueldos, el juramento que debían prestar en manos del capitán antes de recibir las alabardas, las funciones del Juzgado privativo, por el cual el capitán conocía de todas las causas criminales de su tropa y algunos otros extremos, continuando en la misma forma durante los reinados que se sucedieron.

Como dato curioso, debemos hacer constar que la guardia de alabarderos no ha sido exclusiva de los monarcas.

En 1577, fueron asignados a cada tercio de Infantería ocho alabarderos alemanes, para mayor decoro del Maestre de campo, afirmándose por varios autores que de estos alabarderos tienen su origen las escuadras de gastadores.

Tuvieron también guardias de alabarderos los vi-

rreyes de Indias y los capitanes generales de Filipinas.

Es la principal, la debida a Felipe V, pues al crear el cuerpo de Guardias de Corps, dispuso que el de alabarderos se refundiese en una sola compañía, dejando de depender del mayordomo mayor de palacio.

Extinguidos los guardias de Corps en 1821, los alabarderos se aumentaron hasta el número de 200, cuyo mando tenía el general duque de Castro Terreño.

En esta época fué cuando los alabarderos se encargaron de todo el servicio interior de Palacio.

Por disposición de 29 de Junio de 1822, se organizó la fuerza en dos compañías y se nombraron dos generales para alternar en el servicio, recayendo los nombramientos en el capitán general de Ejército don José Palafox y Melci, después duque de Zaragoza, y en el teniente general D. Francisco Copons y Navía.

En Febrero de 1823 se formaron cuatro compañías de a 80 guardias cada una, continuando los dos generales y nombrándose además un primero y un segundo comandante de la clase de coroneles, dos ayudantes y los jefes y oficiales correspondientes.

A pesar de este aumento, el Cuerpo de alabarderos no tenía Reglamento especial, rigiéndose por la Ordenanza de Guardias de Corps.

Reorganizado éste por Fernando VII en 1823, el Cuerpo de alabarderos quedó reducido a una compañía, y así continuó hasta 1841, en que extinguidos los guardias, volvieron a formarse dos compañías, dándosele Reglamento propio.

Cuando en 1851 el Escuadrón de Guardias de la Reina, los alabarderos no sufrieron alteración alguna, y el año siguiente se refundió la fuerza montada, y la de a pie en un solo cuerpo, denominado Real Cuerpo de Guardias de la Reina, compuesto de una brigada de Infantería y otra de Caballería, al mando ambas del comandante general que antes tenía solamente el de los alabarderos, y así continuó hasta el 1854, en que dejó de existir la brigada de Caballería.

Al advenimiento al trono del malogrado rey Don Alfonso XII, y siendo ministro de la Guerra el general Primo de Rivera, el Cuerpo de alabarderos, disuelto en 1868 por orden de la Junta del Gobierno provisional, se reorganizó nuevamente, dándosele en 6 de Agosto de 1875 el Reglamento que tiene en la actualidad.

Según éste, la fuerza la constituirían dos compañías de a 100 hombres cada una, con la siguiente Plana mayor:

Un comandante general, Grande de España o Título de Castilla, de la clase de capitán general de Ejército o teniente general; un segundo jefe mariscal de campo; un tercer jefe, de la clase de brigadier; un secretario de la clase de jefe; un primer ayudante de la clase de coronel; un segundo ayudante de la de

teniente coronel; un sargento primero, brigada, de la de capitán; un capellán de término; dos médicos, uno primero y otro segundo; un músico mayor; un maestro armero, y treinta músicos.

Cada compañía había de constar: de un capitán, coronel; de dos tenientes, tenientes coroneles; de dos alféreces, comandantes; de un sargento primero, capitán; de cuatro sargentos segundos, tenientes; de ocho cabos, alféreces; de cien guardias, sargentos, y de dos tambores.

En la menor edad de Isabel II, dieron los alabarderos una gran prueba de fidelidad.

Desposeída de la regencia la reina Doña María Cristina, cuando su hija mayor sólo contaba once años, fué nombrado regente el general Espartero, lo que disgustó mucho, no sólo a la aristocracia sino a todas las clases conservadoras que empezaron a conspirar, contando de antemano con el apoyo de algunos generales, y muy especialmente con el de don Diego de León, alma del movimiento que se preparaba.

Todo dispuesto, los conjurados, que se proponían raptar a la reina niña y a su hermana la infanta María Luisa Fernanda, decidieron dar el golpe el día 7 de Octubre de 1841, para lo cual, el mariscal de campo D. Manuel Gutiérrez de la Concha, sublevó el regimiento Infantería de la Princesa y con él penetró en Palacio por la puerta del Príncipe, sin que la guardia exterior opusiera resistencia alguna, puesto que los conjurados contaban de antemano con su ayuda o por lo menos con su pasividad.

Al llegar a Palacio el general Concha, que vestía de paisano, se encontraban allí los militares Nouvilas, Fulgosio, Córdoba, Rabanet, San Carlos, Lersundi, Pezuela, el gentilhomme conde de Requena y algunos otros personajes, que inmediatamente prorrumpieron en gritos de ¡Viva María Cristina!

Aquel entusiasmo desbarató por completo su plan.

El coronel Dulce, que mandaba los alabarderos, oyó los gritos; y como estaba sobre aviso, comprendió inmediatamente de lo que se trataba y se aprestó a la defensa, para lo cual mando cerrar todas las puertas que daban acceso al piso principal.

Así fué que, tan pronto como los conjurados empezaron a subir la escalera, los diez y ocho alabarderos que formaban la guardia los acribillaron a balazos, impidiéndoles avanzar, no obstante marchar a su frente el general Concha blandiendo una espada.

«Entre tanto yo—dice el general Córdova en sus *Memorias*—, que me había convencido de que era imposible ganar la escalera principal, y Lersundi, que participaba también de esta convicción, declaramos que lo más urgente e indispensable era subir a Palacio por cualquiera de sus otras puertas y escaleras.

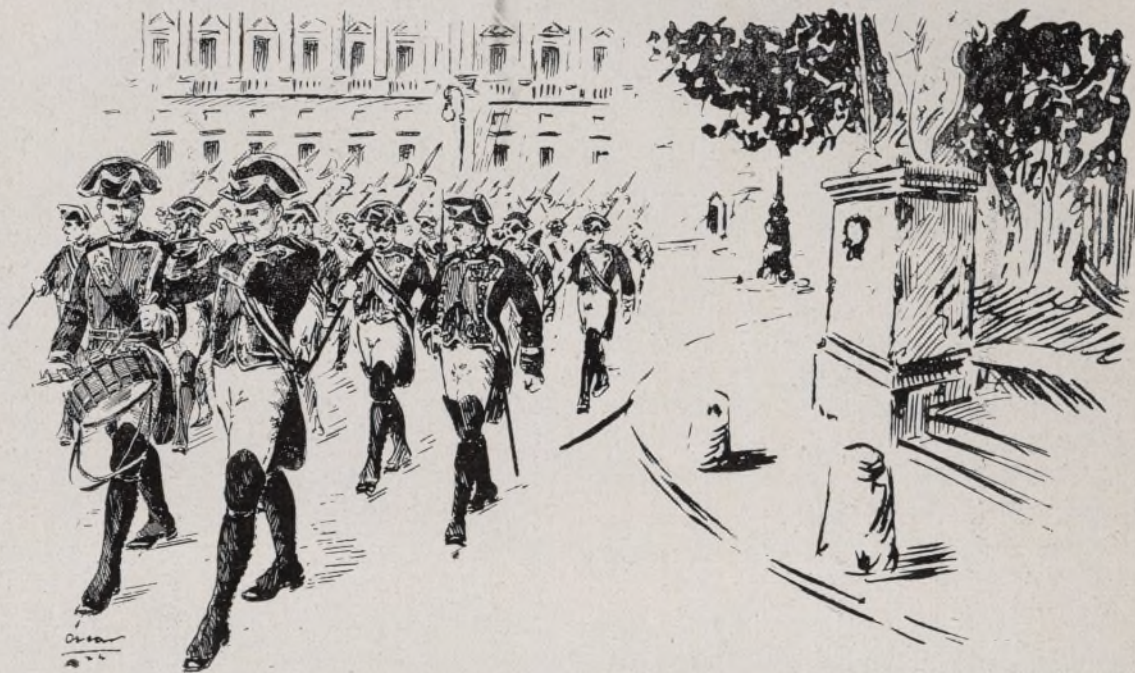
«El duque de San Carlos, que era gentilhomme y conocía bien la casa, indicó una escalera no muy distante. Por ella se envió una sección, mas se encontraron la puerta cerrada y guardada por algunos alabarderos.

«Las compañías de la Princesa que guardaban las puertas exteriores, juntamente con los soldados de la guardia mandadas por Marquesi, que habían tomado la Armería, se tiroteaban con las fuerzas de nacionales establecidas en la plaza de Oriente, en el Mi-

subiera la escalera tocando llamada de honor; mas aunque no fué hostilizado, nadie contestó desde arriba ni acudió al toque a pesar de que se repitió varias veces. En su vista, volvimos a reunirnos nuevamente, y allí convinimos que aquello era un golpe enteramente frustrado.»

Noche de continuo sobresalto fué aquélla para la reina niña y para cuantas personas la acompañaban dentro de Palacio.

Al iniciarse el choque entre los alabarderos y la



nisterio de Marina, en el pretil de la calle del Viento y en las adyacentes.»

La lucha continuaba tenaz dentro y fuera de Palacio, pero el desaliento empezaba a cundir entre los conjurados.

Cerca de las doce de la noche se presentaron en la plaza de la Armería D. Diego de León y D. Juan de la Pezuela.

«Reunimos entonces—dice Córdova—una especie de Consejo, que resolvió en el acto tratar de establecer un parlamento con los impertérritos defensores de la escalera para que supieran y conocieran las intenciones que a los invasores animaban, que no eran otras que salvar a la Monarquía de la revolución, restaurando la regencia de Doña María Cristina.»

«Mandó León, en vista de esto, suspender enteramente el fuego y dió la orden a un corneta para que

tropa sublevada, Isabel II, con su hermana Luisa Fernanda, estaba dando lección de canto, entrando precipitadamente en la habitación regía el aya doña Juana Vega de Mina, para dar cuenta de lo que ocurría.

Sin pérdida de tiempo fueron cerradas todas las puertas y conducidas las dos niñas a la alcoba de la reina, de donde luego las sacaron por haber penetrado una bala en la habitación, diciéndose que pasaron la noche en un pasadizo inmediato, al cual llevaron algunos colchones.

Abortado el movimiento, las fuerzas de la Princesa y los generales, jefes y oficiales comprometidos se retiraron de Palacio para buscar refugio en diferentes sitios, pero habiendo sido presos D. Diego de León, Quiroga, el coronel Fulgosio y los tenientes Boria y Gobernado, fueron pasados por las armas.

Del legendario imperio de Etiopía



Junto al palacio del Emperador de Etiopía se levanta el templo cristiano, como un símbolo de la civilización a que es á sometido el legendario imperio.

El viaje a Francia del príncipe Tafari ha puesto a Etiopía de actualidad. Este país ofrece la curiosa particularidad de que abrazó el cristianismo desde el siglo IV. Por ello cuenta con algunos templos como más antiguos de los construídos en el Africa.

Etiopía se hizo cristiana hacia el año 350. Su conversión puede decirse que fué espontánea. Los abisinios fueron al cristianismo fácilmente llevados por Frumentios, hijo de Tiro, que había naufragado en las costas del mar Rojo, y a quien el rey El-a-Mieda dió asilo en su corte. Más tarde, los dos soberanos Abreha y Asbeha, hermanos gemelos, pidieronle el bautismo, y todos sus súbditos en multitud les imitaron. Pero como Frumentios no tenía órdenes sacerdotales, no se atrevió a satisfacerlos, y se fué a buscar a San Atanasio, patriarca de Alejandría, que le ordenó y nombró obispo de Aksoum. Desde aquella época la Etiopía no ha cesado de levantar santuarios.

La tradición hizo de Aksoum un centro religioso. Según la leyenda, Menelik I, hijo de Salomón y de la reina Saba, había depositado en el templo de la vieja ciudad etiópica las tablas de la Ley, hurtadas de Jerusalén por los

levitas que Salomón había dado para acompañar al joven príncipe. Aksoum vino a ser uno de los lugares de culto de los Ptolomeos, como se deduce por los obeliscos que allí existen. Los recuerdos judaicos son, sin embargo, los más fuertes, y el cristianismo etiópico asocia curiosamente la tradición bíblica a los símbolos de la nueva Fe. La gran fiesta anual de Hedar-Sion conmemora, a la vez, la llegada de las tablas de la Ley a Aksoum y la dedicatoria de la primera iglesia a la Virgen. La fiesta de Hedar se celebra con gran pompa, con bailes rituales ejecutados por los sacerdotes venidos de todas las iglesias vecinas.

También los grandes santos de Etiopía tienen sus iglesias. Entre las más antiguas está la de los dos primeros reyes cristianos Abreha y Asbeha, con sus tres altares y sus cinco naves minúsculas, lugar venerado y milagroso donde se guarda una maravillosa cruz de oro caída del cielo, sobre la cual los grandes personajes vienen a prestar juramento y que sirve para apaciguar las querellas.

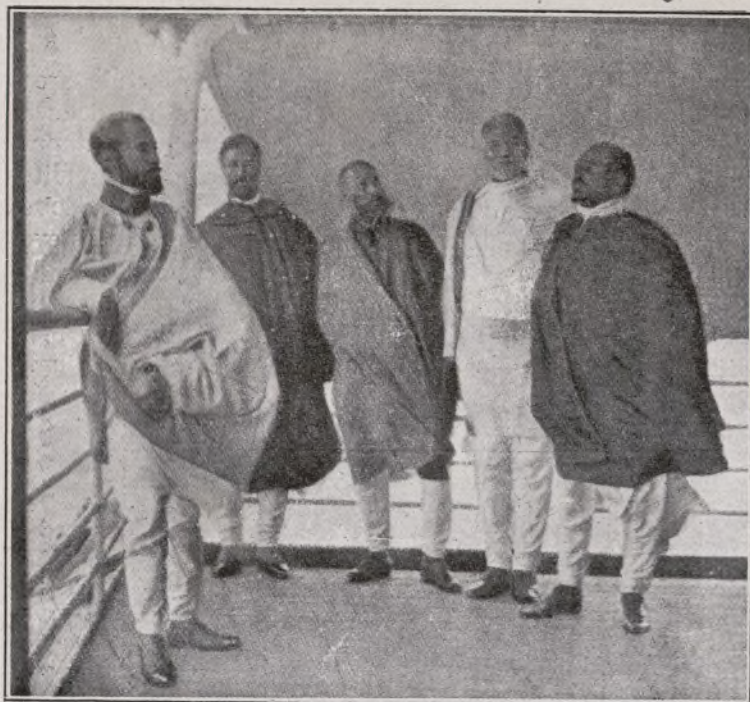
Después de Abreha y Asbeha es preciso esperar al siglo XIII para ver elevarse los santuarios más bellos de todo el imperio.

LAS ONCE IGLESIAS DE LALIBELA

En medio de las montañas de Lasta, notable por sus siluetas misteriosas y sus sombras, lejos de todo centro profano, hizo construir, o más bien ahuecar, el santo rey Lalibela once iglesias monolitas: la del Salvador del mundo,

de la Virgen, de la Cruz, del Sinaí, del Gólgota, de Emmanuel, de las Vírgenes, de Gabriel, del Líbano, de San Mercurio y de San Jorge.

Animado de una fe ardiente, Lalibela hizo



El príncipe Tafari, a bordo del acorazado *Porthos* en la travesía de Djibouti a Suez, en su camino a Jerusalén para celebrar en él las Pascuas ortodox.

una peregrinación a Jerusalén y trajo consigo un centenar de obreros, a fin de edificar en su país una nueva Jerusalén. La leyenda cuenta que en tanto que los trabajadores hacían un codo de obra por día, los ángeles, por la noche, hacían de ella cuatro veces más. La vida milagrosa de este santo soberano había sido predicha en su nacimiento. Cuando vino al mundo, un enjambre de abejas se precipitó sobre su cuna y voló a su alrededor sin hacerle ningún mal. «¡Las abejas saben que este niño será grande!», exclamó proféticamente su madre, y ella dió al niño el nombre de Lalibela, que significa literalmente: «él no será tocado».

Las once iglesias que hizo construir, pequeñas o grandes, fueron todas cortadas en un inmenso bloque de roca o ahuecadas en la misma pared de la montaña. Interiormente su disposición es la misma; sólo es variable el número de naves y de bóvedas. Estos santuarios están apenas iluminados. Reciben la luz del levante y del poniente por pequeñas ventanas con muy curiosos y variados dibujos. En la parte más interior se encuentran los altares, bloques de piedra cortada también en la roca, o un altar único, según que se honre a varios santos o a uno solo. De los pilares de las naves cuelgan inmensas telas. Estos pilares son

todos rectangulares, adornados por dos de sus lados de capiteles salientes.

Exteriormente estos santuarios parecen grandes sepulcros, a los cuales se tiene acceso por largos y estrechos corredores, demasiado estrechos para dejar paso a la luz. Es un verdadero dédalo de caminos, de bóvedas, puentes formados por troncos de árboles tirados a través de verdaderos abismos. Quizá el fundador quiso dar al peregrino la sensación de descubrir, después de tenebrosos y penosos pasos, el cielo sobre la tierra.

Es a estos santuarios de Lalibela, y principalmente al del Salvador del mundo en Medehani-Alem, donde se hacen anualmente grandes peregrinaciones por innumerables cristianos. Puede

verse la víspera de Navidad por los caminos que conducen a la ciudad santa largas filas de peregrinos, que marchan desde la salida a la puesta del sol. Siempre es la pobre y dolorosa humanidad la misma por todas partes, buscando la esperanza en el consuelo. Descarnados, los ojos hundidos, sus miembros adelgazados, los cuerpos quebrantados. Todos vestidos de pingajos; los unos llevan sobre sus espaldas grano en un odre; los otros van provistos de una calabaza para coger agua de los arroyos o de los pozos; otros, en fin, un canasto conteniendo manteca, miel o alguna ofrenda para los priores del monasterio.

La Abisinia nos ofrecería aún muchos monumentos religiosos si el país no hubiera sido devastado por las invasiones de fanáticos musulmanes, que extendieron sus conquistas sobre toda la Etiopía. Por consecuencia de estas invasiones han desaparecido las iglesias de Amhara-Saint, todas de piedra y revestidas de oro y plata; también fué destruido el primer templo de Aksoum y otros muchos monasterios.

OTRAS IGLESIAS ANTIGUAS Y MODERNAS

Si la mayor parte de las iglesias de Etiopía fueron derruidas por el Islam en el siglo XVI, las cuarenta y cuatro iglesias de Gondar, capital del imperio a partir del siglo XVII, han sido quemadas por los derviches en el año 1888 y no restan apenas más que dos o tres que sean notables por sus pinturas. Es de lamentar esta desaparición, porque parece que los antiguos claustros estaban extremadamente adornados y embellecidos de pinturas. El clero etíope fué desde el siglo VI muy inspirado por la cultura

piedra y barro, con circuito formando arcadas de madera. Los abisinios les han dado la forma circular de sus casas, mucho más apropiada también para la celebración de su culto. En efecto, la religión ha quedado allí, sobre todo, bíblica: los bailes de los sacerdotes evocan a David delante del Tabernáculo; la iglesia etiópica es la imagen del Tabernáculo, cuyo modelo había sido dado por el Eterno a Moisés, y sus tres recintos (*Kemé-Maheliet*, lugar de los cantos; *Qeddeust*, lugar santo, y *Megdes*,



Iglesias católicas en Lalibela, pueblo de Etiopía. En primer término el pórtico de entrada al templo dedicado a la Virgen.

de Bizancio. Antes de la llegada de Grague, el conquistador islámico, todas las iglesias eran rectangulares, edificadas con piedra y cal, y frecuentemente revestidas de plata y oro, porque los portugueses, buenos constructores, se habían establecido en el norte y centro de la Etiopía con sus misiones y dirigieron la mano de obra indígena.

Después de la expulsión de los portugueses, las iglesias no tuvieron la forma de rectángulo; a partir del siglo XVI fueron redondas, de

lugar muy santo) están calcados sobre el templo de Salomón.

Estas iglesias, construídas con materiales tan pobres, tienen un encanto especial. Alguna vez el edificio ni existe; no queda más que los árboles seculares que le rodeaban y el recinto, aún religiosamente besado por el transeunte. ¡Ruinas abandonadas o iglesias veneradas de sus monjes, serán siempre preferidas a los edificios modernos del último siglo, edificados sin gusto por una mano extranjera y profana!



RECONSTITUCION DE LAS PLAZAS DE ARRAS

La reconstitución de la pequeña Plaza de Arras, región como se sabe, de las desvastadas en la última guerra, ha sido por fin reconstruida con todos los detalles, por el Ministerio de Bellas Artes francés, dando un bello ejemplo, el hacer renacer tan rápidamente como ha sido posible, los monumentos destruidos en la pasada lucha.

Las dos plazas de Arras, unidas por una calle del mismo estilo, constituyen un conjunto magnífico, único en Francia, de la arquitectura flamenca de fin del siglo vi. Una casa que existe todavía en la Gran Plaza y los techados abovedados, datan del siglo xiii y cerca del año 1200 pretenden remontarse el origen de estas plazas, donde la mayor parte de las casas estaban, entonces, construidas en madera. Una ordenanza de 17 de mayo de 1583 dispuso que a partir del siglo vi fuera erigida la piedra en la construcción de estos inmuebles y por eso, es muy lógico situar en esta época y en posteriores, la creación de las plazas actuales con sus galerías y arcadas, las volutas y los frontones redondeados que recuerdan la influencia española.

Pedro Paquet, arquitecto, jefe de los «Monumentos históricos» dice: la disposición

arquitectónica que fué impuesta en este momento no parece fué determinada de una manera absoluta. Todas las casas debían tener un pórtico que sirviera de pasaje cubierto y dos pisos. Fuera de estas condiciones ha debido ser dejada toda libertad a los arquitectos y estos, al parecer, usaron de ella largamente. Casi todas las fachadas son diferentes; varían no solamente en la proporción general sino también en los detalles. Los pisos no tienen la misma altura, así como los arcos son de diferentes puntos, unos altos, otros bajos o abovedados; en unas casas se ve mucha ornamentación; en otras, ninguna escultura.

La decoración consiste en «cartones» o estudios arquitectónicos, guirnalda y flores y gavillas exprimidas en las casas del siglo vi; más desarrolladas y más redondas en el xviii. La parte más curiosa son los letreros o muestras esculpidas en la piedra, que distinguen cada inmueble y de las cuales existe un gran número, que han sido conservadas y fielmente reconstituídas: la ba-

llena, el almirante, el caracol, etc. Tal fué la habilidad de los arquitectos de entonces que aun removiendo la uniformidad con elementos disparatados, no se separaban de la armonía general. Este



Tres aspectos de la plaza de Arras en 1914, 1918 y 1924. Con estas fotografías puede darse perfecta cuenta el lector de cómo se reconstruyen los pueblos destruidos.

conjunto, de líneas un poco frías, quedaba aun más realzado su valor con el contraste del Hotel de la villa, que ocupaba el Norte de la pequeña Plaza, cuya fachada gótica, de arcadas desiguales, con una elegante torre de 75 metros de altura, formaba un decorado magnífico.

Al principio de la guerra, la torre fué el blanco de los alemanes. Se desplomó el 21 de octubre de 1914 al 69 obús. Después fueron destruidas 70 casas y las demás muy deterioradas.

Paquet convenció al director de Bellas Artes sobre el interés artístico e histórico que significaba la restauración de estos monumentos, pero se encontró un gran inconveniente: estas casas no estaban clasificadas y era preciso obtener el permiso de 150 propietarios. La administración de Bellas Artes, decidió intentar la operación, tomando a su cargo lo concerniente a las fachadas y dejando a los propietarios el cuidado de construir, a su capricho, el interior de los inmuebles.

Se comenzó por levantar las fachadas y poner en pie los arcos de los pórticos. Al mismo tiempo se procedía con el mayor cuidado en la recogida, reunión y numeración

de todos los fragmentos de esculturas para reconstituir las obras y motivos de ornamentación. En los muros se colgaban las molduras y las esculturas; las fachadas fueron, de antemano dibujadas, siguiendo las preciosas reseñas que se sacaron de los archivos, acerca del modo, forma y decoración que tenían antes del desastre.

En 1920 es cuando empezaron los trabajos de reparación y reconstrucción. Todas las piedras antiguas fueron conservadas; ciertas partes de fachada, enteramente derribadas, fueron recogidas, piedra por piedra, y depositadas siguiendo una numeración. El cieno que cubría el suelo, dió a las piedras una patina ideal, que al reconstruir, hacían más bello el conjunto.

Al terminar el año 20 se habían ya reparado 20 casas. En 1921, la cifra llegó a 65; hoy está ya acabada la obra de la pequeña Plaza. Queda sólo por reconstruir una docena de inmuebles de la Gran Plaza.

De esta reconstrucción hecha en territorio francés, nos debemos alegrar todos los españoles, no sólo porque evoca una gloria del arte de nuestros antepasados, sino también por el respeto y el culto que rinde la nación cercana a las Bellas Artes españolas, levantando esos muros de tal gloriosa memoria.

EL BASTÓN DE MANDO

El uso del bastón fué admitido en nuestra Infantería por disposición real de Felipe V en 1706, en clase de distintivo para las diversas jerarquías militares. La parte dispositiva de aquel decreto dice así:

«Habiendo hecho reflexión sobre el buen método de la distinción de los oficiales por sus insignias y de las ventajas que de ello se puedan seguir a mi servicio, siendo asimismo éste el estilo de mis tropas, he resuelto señalar a cada empleo las que aquí se ponen, pareciéndome las más proporcionadas para la distinción, comodidad y conocimiento de los oficiales; mandando al director general de la infantería, inspectores, coroneles, tenientes coroneles y sargentos mayores, vigilen en que ninguno la pueda por caso alguno mudar.

Al coronel, un bastón con puño de oro o dorado; al teniente coronel, con pomo de plata blanca; al sargento mayor, con casquete de plata blanca que guarnezca un dedo del bastón, liso por arriba; al capitán, el mismo que al sargento mayor; al ayudante, con pomo de marfil; al teniente, el mismo que al ayu-

dante; al capellán, el mismo que a los antecedentes; al furriel mayor, con pomo de madera; al subteniente, con casquillo de madera o de cachumbo, que tenga al fin un arillo de plata blanca; al sargento, un bastón de madera que pliegue, sin pomo ni casquillo alguno; al tambor mayor, un bastón de madera sin pomo ni casquillo.»

La primera disposición oficial que reglamentó en la forma en que hoy se encuentra el uso del bastón por los jefes del Ejército, fué dictada en 8 de marzo de 1818 para terminar las cuestiones de autoridad a que el empleo de la citada insignia daba frecuentemente lugar entre los jefes efectivos y los agregados. En ella se autorizaba exclusivamente su uso a los coroneles en propiedad y con ejercicio, los tenientes coroneles y comandantes que se hallasen en igual caso, siempre que no tuviesen mayor grado que el de su respectivo empleo.

Estas son las dos órdenes más importantes de cuantas se han dictado acerca del bastón.



S. A. R. el Príncipe de Asturias, que ha sido ascendido recientemente a oficial del Regimiento del Rey, vistiendo el uniforme de dicho Cuerpo.

EL ASCENSO DEL PRINCIPE

La nota militar más grata de este mes la constituye sin duda alguna, el ascenso del Príncipe de Asturias a oficial.

El Regimiento del Rey, donde está afiliado S. A. puede enorgullecerse de este acto que en su historial será un florón más de prestigioso recuerdo.

El Príncipe ha seguido paso a paso su carrera militar.

Aún viven las fotografías en que se nos mostraba con el uniforme de recluta y la manita alzada saludando militarmente. Ahora es la de oficial la que tenemos a la vista. ¡Y cuántas cosas sugieren estas dos fotografías! El heredero del trono, quien habrá de regir los destinos de la Patria necesita conocer de cerca todas las graduaciones de la gerarquía militar. De este modo se adiestra su espíritu, se va formando su carácter, y su experiencia se hace preciosísima al acumular el concepto de cada clase.

Un Soberano debe tener como el mitológico Argos, cien ojos. Es decir, necesita saber de todo cuanto constituye su pueblo. Por eso la educación del Príncipe es un modelo de sentido de gobierno y una garantía de justicia. Ese tránsito desde recluta a oficial, que irá avanzando, es como el paso de peldaño en peldaño hasta llegar al trono.

En el Príncipe de Asturias todos los buenos ciudadanos tienen puesta su fe más inquebrantable de glorioso porvenir nacional, de continuador de la obra admirable y de alto sentido patrio que su egregio padre el Rey Don Alfonso XIII está llevando a cabo. Esta dinastía dejará una huella profunda en la Historia de España.

Cada vez la marcha social va infiltrando en el modo de gobierno una apreciación más amplia, de carácter democrático. Desde los antiguos Emperadores hasta los reyes actuales, hay una línea transformadora de sentido popular. Hoy el Rey necesita estar en contacto con su pueblo; no es posible el sistema de los Césares. La vida moderna, con un aliento socialista, da a los tronos su aroma más dulce, más cerca de su pueblo y también más difícil. Como aquellos Reyes de las leyendas indostánicas, ahora los Soberanos no se muestran rara vez a su pueblo, sino que están siempre tan cerca que escuchan todos los latidos de su pulso. Por eso su enseñanza se va forjando en este tránsito de guarniciones que le dan al futuro Rey un criterio de sentido humano y de justa rectitud que es firme estrado donde su trono ha de levantarse.

El ascenso de Príncipe de Asturias a oficial nos llena de alegría y profundamente conmovidos lanzamos desde esta página el grito de ¡Viva nuestro Príncipe!

EXPOSICION DE ARTE TUNECINO

La Sociedad de amigos de Cartago y de las Villas de Oro, han organizado una exposición cuyo objeto es difundir las artes en Túnez. Esta primera exposición ha sido instalada en la carretera del Obispo.

A lo largo de la costa se extienden, casi sin interrupción, evocadoras ruinas romanas. ¡Lástima que falte el dinero suficiente para consolidarlas, y emprender las obras restauradoras que se han

ha lanzado una súplica en favor de estos interesantes trabajos. Los más reputados artistas, fervientes admiradores de Africa, han enviado cuadros que recuerdan las bellezas de los sitios, de la luz y de la esplendente blancura de Túnez, el oro de las arenas y el misterio lejano de los Oasis avanzados en el desierto.

En las vitrinas se exponen multitud de pequeños objetos de arte indígena.



efectuado para proteger los antiguos edificios de Grecia, Roma y Pompeya.

La arqueología viene prestando su entusiasmo y en Cartago, Tingad, Tipaza, Lambere, Djemila, Dougla y tantos otros sitios se han realizado importantes restauraciones. Pero todavía quedan muchas riquezas a flor de tierra, vestigios preciosos y perfumados de emoción evocativa, que con muy poco esfuerzo serían desprendidos.

La Sociedad, que tiene el propósito de colaborar en la resurrección de estos atributos de arte,

Lo que falta es una documentación completa de las villas muertas, quemadas por el sol; y este será seguramente el mayor atractivo de la próxima exposición. Por ahora, en esta que se está celebrando, lo más importante es la evocación, el efecto que tan admirablemente se ha conseguido de ofrecer pintorescos aspectos tunecinos, tales, como las famosas boticas ornadas de tapices, y otros bellísimos y remotos, que hacen resurgir el pasado.



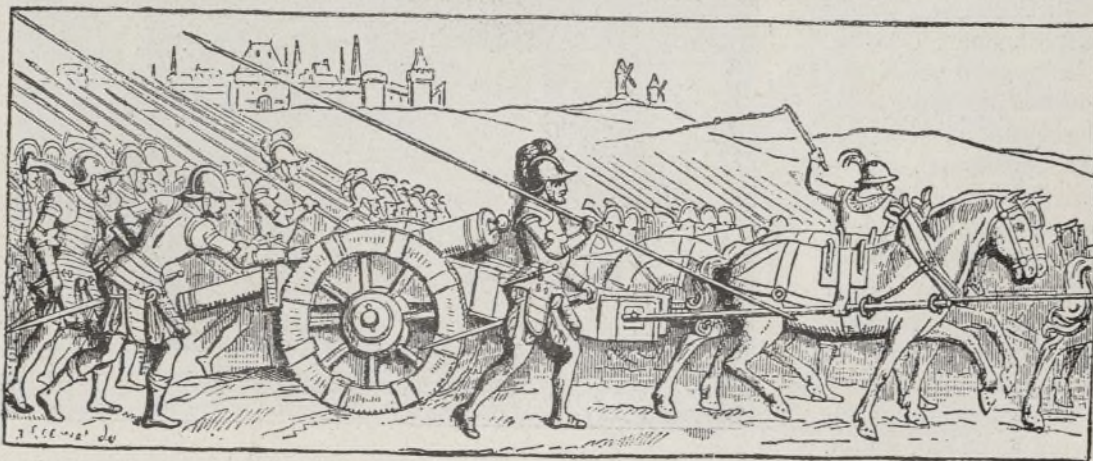
Pruebas de arrastre de cañones de tiro rápido por medios de tanques efectuados con gran éxito en Inglaterra ante sus Soberanos

Pocas cosas han logrado un perfeccionamiento tan admirable como la artillería. De todas las máquinas de guerra es la más adelantada y su eficacia es decisiva, constituyendo la base de todo ejército. La moderna artillería, de tiro rápido y de largo alcance, ha revolucionado las tácticas de combate. Esto hace que las guerras hoy día, por no menudear el cuerpo a cuerpo, sean frías y exijan el empleo del cerebro más que el del corazón.

Uno de los problemas más difíciles de resolver en la artillería es el del arrastre. Las grandes piezas, y aun las ligeras cuestan mucho el trasladarlas de un lado a otro y las quebraduras del te-

rreno, especialmente, hacen difícilísimo el arrastre. Para este último caso se emplean los mulos, en la llamada «Artillería de Montaña»; pero no se tiene rapidez.

Actualmente Inglaterra presta un detenido estudio a este asunto. Se han realizado pruebas, con gran éxito, de emplear tanques para el arrastre por sitios de ingrato terreno. El monstruo producido por la última gran guerra es un auxiliar poderoso. Sus condiciones de trepador, prestan su concurso utilísimo a la artillería; pues no es ya la velocidad, sino el poder llevar las piezas de artillería por pasajes abruptos.



Fotografiado en madera que representa el arrastre de una pieza en el siglo XV. Por él puede darse cuenta el lector de la dificultad que suponía el traslado de estas piezas, que constituían la infancia en materia artillera

EXCELENCIA Y CAMARADA

Así, con este título, dieron la noticia los periódicos locales de la llegada del delegado plenipotenciario a Suecia.

El bolchevique Valeriano Ossnisky es el primer representante diplomático de la III internacional cerca de un país en que la realeza impera.

El corresponsal de un periódico en Stockolmo transmite a cerca del mismo la siguiente gacetilla.

A pesar de la pertinaz lluvia que caía un público numeroso estaba congregado delante de la delegación soviética en Stokolmo. El espectáculo bien merecía tal atención, el camarada Valeriano Ossinsky, delegado plenipotenciario de Moscou «Excelencia y camarada» iba, con gran pompa, a presentar sus credenciales a Su Majestad el Rey de Suecia.

El camarada Ossinsky, representante de «un gobierno de obreros y paisanos pobres» que han revertido tronos y transformado palacio, en locales de mitines, no ha buscado, impunemente el reconocimiento de un viejo reino. El camarada Ossinsky cuyos sacrificios al protocolo burgués no habían pasado del traje de americana, se ha visto obligado ahora a vestir de etiqueta y por lo tanto con el clásico sombrero de copa. Bajo la dirección del conde Adam Levenhaupt, introductor de embajadores, se ha adaptado humildemente a los ritos imprescindibles de un inmutable ceremonial, ha tomado asiento en una magnífica carroza dorada; que data del Rey Gustavo III, atravesando la villa entera con el cortejo suntuoso, al que precedía un piquero galoneado, se ha entregado a los pajes y a los chambelanes de servicio, y se ha inclinado, en fin, el bolchevique intransigente, el enviado extraordinario de

la III internacional, delante de un monarca ungido por Dios.

Entre el momento en que la carroza empenachada de coronas ha penetrado en el interior de la mansión real y el de su reaparición bajo el pórtico de honor, no transcurrió más que un cuarto de hora; es decir, que la solemnidad tradicional se redujo a una sencilla y pura formalidad de uso. ¿Pero qué importa? El «viejo mundo» puede vanagloriarse de haber hecho pasar a la diplomacia de una república avanzada, bajo las horcas caudinas de sus conveniencias históricas.

He aquí con éste acto una nueva fase del volcheviquismo. El «excelencia y camarada» es la palabra con que se designa ya al diplomático volchevique de cuya labor espera la III Internacional el triunfo completo de sus teorías, entendiéndose éste por el reconocimiento de las potencias.



Su excelencia y camarada diplomático Ossinsky, representante de los soviets, descendiendo de la carroza de gala que le condujo al Palacio del Rey de Suecia, para presentarle sus credenciales.

LOS COWBOYS Y LA DOMA DEL CABALLO

(Apuntes del natural)



NOTAS GRAFICAS DE ACTUALIDAD



Esplugas del Llobregat (Barcelona).—Evacuación de supuestos heridos en las prácticas realizadas recientemente por las fuerzas de la Comandancia de Sanidad Militar, a las órdenes del coronel D. Pio Perezosa.

En Esplugas de Llobregat (Barcelona) se han realizado unas interesantes prácticas de Sanidad Militar efectuándose una supuesta evacuación de heridos. Cuantos jefes presenciaron la práctica quedaron altamente satisfechos y felicitaron a la Comandancia de Sanidad.

El Presidente del Gobierno italiano es aficionadísimo a los cachorros de león ¡Precioso juguete! y por las calles de Roma muchas veces pasea en automóvil llevando en sus brazos uno de esos animalitos. «Las aficiones no son sino la expresión del temperamento» ha dicho sutilmente el filósofo francés Bergson. Y en efecto, este rasgo de Mussolini denota su voluntad enérgica, que ha conseguido llevar al pueblo italiano a una era llena de los más prometedores augurios?

Por último, lamentamos profundamente conmovidos, el accidente de aviación ocurrido en Cuatro



DON LUIS LOMBARTE Y SERRANO
Coronel jefe de Aviación, que en un accidente ocurrido en Cuatro Vientos el día 23 del actual resultó gravísimamente herido.



Último retrato de Mussolini.—El jefe del Gobierno italiano paseando con su león favorito.

Vientos, del que resultó gravísimamente herido el prestigioso coronel D. Luis Lombarte Serrano.

Esperamos que una franca mejoría lo reintegre de nuevo al servicio.

Este desgraciado accidente, ha sido sumamente sentido mucho más por tratarse de un peritísimo jefe de aviación que goza de una reputación bien merecida por su acertada gestión en Cuatro Vientos.

:: LEGIONARIO EMPERADOR ::

El Tercio Extranjero, goza de un sentido de aventura. Para todos, es el cuerpo que tiene en sus anales, una novela en cada soldado. Romancesco, heroico y soñador, su gesta está escrita con los más inverosímiles caracteres de hombres que llevan en su mochila el subrayado de una vida singular. Los más ardidos entusiasmos, los dolores más íntimos, las ilusiones, cabe en la leyenda, todo se funde, se une, se ensortija en las filas del Tercio Extranjero.

Actualmente acaba de abandonar las filas de este heroico grupo, nada menos que el príncipe S. A. I. Shervington que ha servido durante treinta y tres meses peleando por España y ahora ha marchado a Abisinia, en donde se posesionará del trono.

Este legionario, es como la estrofa rutilante, llena de romanticismo y de aventura, que rima con la aureola que envuelve al Tercio Extranjero. En las duras marchas, cuando el sol africano pega con sus disciplinas de fuego y en las noches inmensas de altísimo arco, que tienen un tremol de pasadas civilizaciones, un viento de muerte, nadie pensaría que un príncipe, lejos de su patria, caminaba fatigado entre las filas del Tercio o dormía de cara a las estrellas soñando, en la quietud de la tienda de campaña, con un reinado.

Y sin embargo, el sueño se hace realidad. Un crucero británico llega a aguas de Marruecos para conducir al nuevo rey. El legionario pasa a bordo y navega hacia el reinado que las estrellas le fueron prometiendo en sus noches de aventura guerrera. El príncipe no olvidará nunca estos días pasados cara al peligro de la muerte en compañía de sus bravos camaradas. Y acaso algún día, cuando sentado en su trono, apoye

el codo en el rico sillón y recline la frente en la palma de la mano, será que pase por su recuerdo la oleada de este período de su vida en que humilde, ignorado, solo con sus ilusiones, se batía heroicamente por España.

He aquí la biografía del príncipe legionario:

Nació en Kingston (Jamaica) el día 6 de julio de 1897. Hijo del Príncipe de Keenya—una importante colonia, que anteriormente fué protectorado del Africa Oriental Inglesa, en la que posee un vasto territorio, y nieto del rey Menelik, de

Etiopía, de tan gloriosa memoria para Abisinia y que tan tristemente perdurará en la historia de Italia. Cuando apenas contaba catorce años de edad le fué revelada por su padre la triste historia de su vida, haciéndole entrega de unos documentos fechados en 1835, que ahora habrán de jugar un papel importantísimo. En 1889 lord Kitchener trasladó al Príncipe a Kingston, donde le hizo educar en uno de los mejores colegios, y donde, en 1896 contrajo nupcias con una dama de alcurnia abolengo. Al año siguiente nació Shervington, único hijo de aquel matrimonio.

Sus primeros estudios los cursó bajo la dirección del profesor Neilson, di-

rector del Mice Nradling Shool St. Andrew (Jamaica), y más tarde en el colegio de San Jorge, con el R. P. Oshea.

Muerto su padre en este período de tiempo, dejó Kingston, trasladándose a principios del año 1916 a los Estados Unidos para continuar sus estudios bajo la censura del profesor Barnes de Tampa (Florida). En 1917 envió por correo a Abisinia un documento importantísimo, firmado por lord Kitchener y fechado en 1884, sin que todavía haya recibido contestación alguna... Pero tiene en Dios una fe ciega y confía que El hará



S. A. I. el Príncipe Shervington, que ha servido durante treinta y tres meses en el Tercio Extranjero de España, en Marruecos, y que embarcó en Gibraltar en un crucero puesto a su disposición por el Gobierno inglés para llevarle a Abisinia, donde se posesionará del trono.

volver las cosas a su camino normal, al camino que había de llevarle a ocupar las gradas del trono abisinio...

Decidido a estudiar sobre la vida, que es el libro más sabio, empezó sus viajes de instrucción. Ha visitado muchos países de Europa, Africa y América. Para aprender los asuntos militares, se alistó a Forth M. Pherson, Georgia, de los Estados Unidos, a las órdenes del capitán Munford, jefe de Intendencia. Fué trasladado a Francia con el ejército expedicionario, y bajo la bandera francesa luchó en la gran guerra a las órdenes del coronel Cooper, siendo licenciado en septiembre de 1919.

Pasó a España donde vivió durante dos años una vida apacible, conociendo Madrid, Toledo,

Coruña y Vigo, amén de otras ciudades de menor importancia, en las cuales se dedicó al estudio de la artillería.

Transcurridos estos dos años, y queriendo estudiar la organización de la infantería española se alistó en la Legión...

El Tercio crea de este modo corazones enamorados de España. Los hombres de más distintas naciones, los de una extraordinaria aventura, no podrán olvidar su paso por el Tercio cuando lejos de él les lleve el vaivén de los acontecimientos, España entera escrita en su corazón y muchas veces sentirá inflamarse el entusiasmo cuando vean flamear bajo otros cielos el pabellón rojo y gualdo que tantas veces le cobijó en los campos de pelea.

ESCUDOS DE ARMAS

LAS SEIS CORONAS DE LA CIUDAD DE MURCIA

Mucho se ha comentado acerca de esas seis coronas reales que figuran en el blasón del antiguo reino de Murcia.

Las cinco primeras fueron concedidas por el Rey don Alfonso el Sabio; y la sexta poco después por el Rey don Pedro.

El origen de esas coronas, procedió de que fueron cinco las testas coronadas que intervinieron en la conquista de aquella ciudad y tierras. Representase en la primera la que ceñía el Santo Rey don Fernando; segunda, la de don Alonso; tercera, la de doña Violante; y las dos restantes la de don Jaime y su hijo, que fueron los que últimamente restauraron aquellos dominios y los entregaron a la corona de Castilla, que tenía legítimos derechos a ellos.

Respecto a este curioso e histórico asunto del blasón de Murcia en el discurso 18 de la Historia, escrita por Cascales, se lee lo siguiente en el folio 287:

«Don Pedro, por la gracia de Dios, Rey de Castilla. Al Concejo, y á los Alcaldes y Alguacil de la muy Noble Ciudad de Murcia, é á los trece cavalleros, é Hommes buenos, que havedes de haver hacienda en el Concejo de dicha Ciudad, falud y gracia:

Bien favedes en como por vos facer merced tove por bien, que como haviades cinco Coronas en el Pendón y en el Sello, ovieffedes una más, en manera que fueffen feis; é agora, por vos facer bien y más merced, por muchos fervicios, é buenos, que fecifte, é facedes de cada

día, tengo por bien que pongades en la orla del dicho Sello y Pendón Leones y Cañillos en cada uno; por que vos mando, que pongades en la orla de dicho Pendón y Sello, además de las feis Coronas, que havedes, los dichos Cañillos y Leones y que los hayades por Armas de aquí adelante; y de esto vos mande dar esta mi carta, sellada con mi Sello de la Poridad. Dada en Sevilla a 10 días de Julio. Era de 1399 años. Yo Mathéo Fernandez la fice ecrivir por mandado del Rey».

Por este modo se compuso el blasón de la ciudad de Murcia, a propósito del cual hay unas décimas de la época que dicen así:

De feis coronas compuesta
Murcia fu lealtad mantiene
Del Rey Sabio cinco tiene,
Del Rey Don Pedro la sexta;
Y fu gloria infigne es esta,
Que las Coronas doradas,
En Campo roxo affentadas,
Para más dignos Blafones,
De Cañillos, y Leones
Están ceñidas, y orladas.

La ciudad de Murcia se conoció en sus primeros siglos con el título de Murgi, Urci o Murci. Hay disparidad de criterios respecto a la seguridad de estos nombres, y no falta quien crea que la antigua Murgi estaba en donde hoy se encuentra Almería.



VISIÓN GRANADINA

Granada produce en el espíritu, la vibración de una vaga inquietud. El prodigio de los alcázares de maravillosa arquitectura; de las calles perfumadas por el aliento legendario; de las ruinas heroicas glorificada por la epopeya de los siglos; de los cármenes con su espléndida floración y de la luz desbordándose con tonos deslumbradores sobre el paisaje, hacen de Granada un poema de luz y de leyenda...

El autor de «El niño de oro», ha sabido concretar en la bella poesía que publicamos, llena de fuerte colorido y sonoridad, la emoción lírica que produce la ciudad bruja.

Granada. Albayzín. Una calle moruna.

Un grato olor a flores sube de los tapiales,
y en la noche tranquila se inundan los rosales
de la luz misteriosa que les manda la luna.

Tras el portón mugriento se escucha de una vieja,
un lento abejorreo de plegarias y rezos,
y al pie de una ventana y al pie de cada reja
los labios hechos llamas se consumen en besos.

Una triste guitarra suena en la lejanía
y al rasgar el silencio una copla andaluza,
se suspende un aliento, un oído se aguza
y una mujer solloza tras una celosía.

Ha traído la copla el recuerdo de unos males
que ha ido marchitando su cuerpo de faunesa,
desde la noche aquella que entre los cipresales,
deshojó un mal gitano la flor de su pureza.

Se escucha otra guitarra y otras coplas amantes,
en alto minarete voltea una campana:

Los nardos y jazmines, la juncia y mejorana
al Albayzín saturan de aromas enervantes.

Y el alma se consume de amor y de tristeza,
y lloran unos ojos y el cuerpo se desploma,
y en tanto nuestros labios a Dios, místicos, rezan,
sentimos por las venas la sangre de Mahoma.

¡Granada! ¡Albayzín! ¡Bermejos murallones!
¡Palacios coronados de viejos torreones,
cuyos cimientos bañan el Darro y el Genil
aunque luzca en tus crestas la enseña del cristiano
en tus ruinas, resuena como un eco lejano,
las zambras agarenas y el llanto de Boadil.

JOSÉ MARIA GRANADA.

HEROISMO SIN TESTIGOS

POR ÁNGEL R. CHAVES

El pueblo dormía, no con ese sueño tranquilo del reposo y el bienestar, sino con el sopor que subsigue a las grandes catástrofes.

Nó había más que tender la vista por donde quiera para convencerse de que allí acababa de posar su planta la guerra, ¡la maldita guerra!

Un montón de ruinas, todavía humeantes, eran muchas casas que habían ofrecido cómodo y desahogado asilo a generaciones enteras. Las mismas calles que menos habían padecido mostraban aquí y allá muros acribillados a balazos, informes huecos que los proyectiles habían ensanchado en lo que debieron ser ventanas, y profundas brechas por las que se veían viviendas con los muebles destrozados y las paredes salpicadas de repugnantes manchas de sangre.

Los dos edificios de que más se enorgullecían los vecinos, ya que no hubieran quedado por completo inservibles, pedían reparos que, por lo costosos, sabe Dios cuándo podrían hacerse. La Casa-Ayuntamiento, no despreciable construcción de esa arquitectura un poco barroca de fines del siglo XVII, revelaba con sus recientes y mortales cicatrices haber sufrido un largo y doloroso asedio; y la hermosa torre de la iglesia, gallarda muestra del estilo mudéjar, con sus lacerías de ladrillos destrozadas, con los arquillos de sus estrechos ventanales ajimezados rotos en mil partes, decía a voces que en ella habían buscado su más sólida y quizá postrera defensa los mantenedores de la causa nacional.

Pero lo más horrible era el aspecto que ofrecían las estrechas y mal alineadas vías. Ver-

daderos hacinamientos de muertos, entre los que se veían mezclados los uniformes de los soldados imperiales con los burdos calzones y las ásperas camisas de los serranos, se destacaban al fulgor de la luna (aquella noche, aunque a trechos oscurecida por las nubes, en toda la fuerza del plenilunio) sobre charcos de sangre, cuyo hedor hacía lanzar lastimeros aullidos a los perros vagabundos que buscaban

con qué aplacar el hambre ante los despojos de aquella carnicería.

Y, sin embargo, aunque ningún ruido se escuchara en una población indudablemente por entero abandonada, alguien debía haber quedado allí, cuando los franceses, convencidos de la inutilidad de conservar tan penosa conquista, habían seguido su marcha sin dejar siquiera la impedimenta de heridos.

Para probarlo basta ver que la bandera coronada por el águila, que más por balandronada que por otra cosa se había izado en la casa del Concejo, yacía al pie del balcón principal sustituida por la venerandísima enseña de los defensores del trono legítimo.

II

Si en esto hubiera podido fijarse Pedro Renato Hibou, el sargento del 5.º de línea, que con el brazo izquierdo atravesado de un balazo hacía poco había conseguido librarse de la horrible prisión del montón de cadáveres en que privado de sentido cayera sabe Dios cuántas horas hacía, hubiera dado gracias al cielo, si es que aquellos descreídos gabachos sabían hacer otra cosa que jurar como condenados.

Porque el arrostrar el peligro de que le pegaran cuatro tiros era preferible a seguir su-



friendo la quemazón que sentía en la herida, y sobre todo soportar aquella devoradora sed producida por la alta fiebre que le abrasaba.

Por trances muy duros había pasado aquel veterano de las guerras de la República, que llevaba en su cuerpo cicatrices producidas por el plomo de los alemanes y de los austriacos; pero como aquél, ninguno.

La prueba de ello es que, no la vida, la cruz que por su mano había colocado en su pecho el emperador la noche de Austerlitz, y los galones cosidos a su manga sobre los humeantes y heroicos escombros de Zaragoza, hubiera dado por un jarro de agua.

Pero no había que pensar en ello. Con aquellas piernas que apenas podían sostenerle, ¿cómo empeñarse en buscar en medio de la noche su regimiento, que probablemente estaría a legua y media o dos leguas de allí? En aquel desierto, ¿de quién esperar socorro y ayuda?

De haber conservado su fusil, posible es que un tiro hubiese acabado aquel horrible tormento; pero los fugitivos todo podrían haberlo olvidado menos las armas, que habían tenido el mayor cuidado de recoger.

El instinto de conservación, y sobre todo aquella maldita sed, le obligaron, sin embargo, a intentar un esfuerzo supremo. Sosteniéndose en las paredes, teniendo que tomar descanso cada seis pasos, emprendió una caminata sin rumbo fijo, sin objeto determinado. Encontrar alguien o algo que calmara aquella desazón insoportable era todo lo que se proponía.

Después de más de una hora de fatiga, redoblada por la dificultad que le ofrecían en muchos sitios los hacinamientos de escombros y hasta de restos humanos, tal vez palpitantes aún, llegó a la plaza del Ayuntamiento, que fué para él como llegar a la tierra de Promisión.

Hacia uno de los ángulos del irregular trapezoide que la formaban, le atrajo el susurro de una fuente que vertía sus caños en una ancha pila destinada a abrevadero del ganado. A uno de ellos, al que llegó casi arrastrándose, tuvo pegados los secos labios muchos, muchos minutos.

Después lavó cuidadosamente su herida, la vendó como pudo con unos harapos sacados de la mochila, y se sentó en la informe escalinata que por uno de los lados daba acceso a la fuente.

Tan aliviado se sintió con aquella doble ope-

ración, que ya por nada en el mundo hubiera dado aquella cruz cosida sólidamente al raído paño de su capote. Lejos de ello, con fuerzas se sentía para repetir cien veces sus hazañas de Austerlitz.

III

En aquel momento la luna, que espesos nubarrones habían tenido oculta, asomando su pálida y redonda cara entre un jirón abierto por el viento, iluminó la plazoleta con una claridad casi diurna.

La Casa-Ayuntamiento había padecido de un modo horrible. Sobre todo el balcón boleado, principal ornamento de su fachada, acribillado por todos lados por la metralla, sólo parecía mantenido en pie por un milagro de equilibrio.

Pero lo que fijó la atención del sargento Hibou no fué aquello. La bandera española, mal-



amarrada a los hierros que los proyectiles habían retorcido caprichosamente, ensoñoreándose sobre el águila que le había guiado en cien combates, y que ahora yacía pisoteada entre el polvo, era un insulto hecho a la inmarcesible gloria de aquel emperador que le había condecorado sobre el campo de batalla, al gran ejército que era su sola, su adorada familia, lo único que él tenía por digno de respeto en la tierra y fuera de ella.

Con un vigor que hacía unos momentos ni sospechado hubiera, se lanzó hacia aquel símbolo querido, imprimió en él sus labios con el respetuoso amor con que se besa la reliquia santa, y la alzó con el brazo derecho.

El izquierdo le pendía rígido y pesado a lo largo del cuerpo; pero no importaba. Aferrando el asta con los dientes, le bastaba el derecho para encaramarse al balcón y arrancar de él aquella bandera aborrecida para sustituirla por la que debía ondear, no allí, sino sobre todo el orbe.

Y lo hizo, ¡vaya si lo hizo! A pesar de los agudos dolores que le producía el movimiento, trepó por la juntura de las piedras y llegó con la mano hasta el barandal del balcón.

Pero allí tuvo una visión horrible. Una vieja cubierta de harapos, horriblemente desgre-

ñada y más semejante a engendro creado por la más calenturienta de las pesadillas que a ser humano y real, apareció en el balcón asiendo con la mano sarmentosa el palo de la enseña nacional y escupiéndole a la faz del sargento estas palabras:

—No la arrancarás, no. Mis hijos, mis nietos, todos los míos murieron haciéndoos morder el polvo por defender este guiñapo con su sangre, y yo no he de ser menos. ¡Sube, si te atreves!

El francés, sobrecogido un momento, sonrió con lástima y se dispuso a continuar su ascensión. Pero la vieja, como si se sintiera reanimada por una fuerza sobrenatural, de tal modo zarandeo el balcón, que a éste se le vió vacilar sobre sus resentidos basamentos.

Hibou sólo tuvo tiempo de gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva el emperador!

Media fachada del Ayuntamiento se vino al suelo, sepultándole sobre un alud de pedriscos.

La pobre vieja se hizo entre ello cien pedazos el cráneo; pero su mano no soltó un momento la bandera, cuya asta, clavándose al caer entre los escombros, dejó que el adorado jirón de tela que representaba la Patria siguiese ondeando al viento en aquella noche de luna.

LOS SUELDOS del EJERCITO en la ANTIGÜEDAD

No han logrado poner de acuerdo a los historiadores las diferentes opiniones expuestas sobre los sueldos que disfrutaban las diferentes clases del ejército romano.

Primeramente, los soldados servían sin estipendio alguno en los cuatro primeros siglos, porque la corta duración de las guerras no les impedía atender en debida forma a sus casas y cultivar sus campos. A partir de la guerra de Veia, y como hubiesen de pasar más tiempo sobre las armas, señalóse a los soldados un sueldo consistente en cinco ases nuciales al día. A los que se distinguían por sus hechos de armas se les concedía un aumento de sueldo.

La paga del centurión era doble que la del soldado; los tribunos cobraban cuatro veces más. A los emperadores, dictadores, cónsules, procónsules, pretores, etcétera, les daba el Estado cuanto necesitaban para sí, para su familia y aun para la gente que llevaban en su comitiva.

En tiempos de los emperadores, la distribución de los haberes tenía lugar cada cuatro meses, y la del trigo, mensualmente. La primera de estas operaciones se llevaba a efecto con toda solemnidad por el general y los tribunos, reservando siempre una parte del ha-

ber de cada individuo para colocarla junto a los estandartes o insignias, al objeto de que les defendieran con más ardor.

Tampoco los pueblos bárbaros satisfacían ninguna cantidad a sus soldados, cuyo único aliciente en la guerra consistía en el saqueo del país conquistado y en la cautividad de los vencidos, cuya libertad se hacían pagar a peso de oro.

Durante la Edad Media en España se constituyó con carácter obligatorio el servicio militar, formando cada pueblo una mesnada, a la que debían concurrir todos los mayores de veinticinco años. Los sueldos que gozaban durante su permanencia en filas, variaban en proporción a su renta durante la paz. A aquellos cuya renta no llegaba a veinte maravedís, se les abonaba uno en concepto de indemnización; al ballestero que tenía ballesta, con dos cuerdas y una avancuerda con sesenta saetas, media ración si salía a caballo y una cuarta parte si iba a pie. Esta indemnización la recibían los alcaldes del depositario del Consejo para repartirla a los alistados. Además, también estaba autorizado el saqueo, si bien se reglamentaba la distribución del botín, reservándose siempre una parte para el rey como señor natural.

LAS PANTORRILLAS DE LEX

POR CARLOS SCHÖNHEW

Con el alma hondamente apesadumbrada, hallábase Lex (1) Bachler sentado en su reducida y mísera estancia, ocupado en componer sus zuecos de madera. De vez en cuando se desprendía de su garganta un gemido ronco, que no procedía, como pudiera suponerse, de ningún defecto de la laringe, pues, al contrario, por aquella parte, más bien le sobraba que le faltaba. Y a cada gemido de Lex, su vieja tía Burgl dejaba de hilar, preocupada, miraba al sobrino y sacudía significativamente la cabeza.

Lex echó violentamente hacia atrás su silla, cogió los zuecos y los echó debajo del banco, con tal brusquedad, que, asustada, la tía se levantó. Luego, Lex, abrió la puerta:

—¿Adónde vas?

—También me lo parece—asintió Burgl—. Y, además, Kalt (1) es una chica muy honrada.

—Mira, tía, ve a tu cuarto y dame tu libreta de la Caja de Ahorros.

—¡Mi libreta, mi libreta! ¡Pronto lo has dicho! Pero, vaya, Lex, lo haré con gusto si te casas con una chica decente. Los viejos han de ser condescendientes con los jóvenes. Bueno; ¿y cómo te acoge la rolliza Catalina?

—No me rechaza; pero no pasa de ahí—contestó con voz sorda Lex.

—¿Nunca te ha concedido nada?

—¡Oh, sí, por Pascua me dió un bofetón porque le cogí la mano! Dijo que no quería nada con hombres que llevaran pantalones largos y que su novio tenía



—¡A ahorcarme!

—Lex. ¡Qué judío te vuelves!—reprendióle la tía.

—¿Pues qué he de hacer? ¡Estoy aburrido de todo!

—¡Qué tonterías dices! Un mozo como tú de treinta años, sano y robusto, ¿estar cansado del mundo?

—¡Sí, treinta años, robusto... y sin casarme!

—¡Ah! ¿Es por ahí que te duele? ¿Se te ha metido alguna muchacha en la cabeza?

—La cocinera del mesón. Vale la pena: viva, rondeta, rolliza...—Lex se relamió los labios—; sería un buen bocado para mí.

que ir con polainas de cuero.

—Y eso, ¿por qué razón?

—Dijo que no gusta de quedarse con nada sin ver antes el género.

Burgl puso otra vez la mesa en movimiento y retorció cuidadosamente el hilo, mientras Lex se quedaba mirando al suelo, en actitud de duda.

—¿Y no puedes complacerla?—comenzó al cabo de un rato otra vez la tía—. ¡No cuesta nada! Búscate unos pantalones de cuero y unas polainas. ¡Ah, tonto! ¿No sabes cómo hacerlo?—prosiguió ella, viendo que Lex continuaba silencioso.

(1) Diminutivo de Alejandro.

(1) Catalina.

El muchacho pareció reflexionar.

—¡Hum! Precisamente en el granero tengo colgada una piel de cabra...

—¡Pues ya lo tienes! ¡Y lo mismo tendremos las polainas!—aseguró para animarle la vieja Burgl.

—Sí; pero... ¿de dónde saco las pantorrillas?—preguntó el mozo en tono sombrío, deslizando la mirada por sus escualidas piernas.

La tía examinó con ojos inteligentes los dominios pantorrilcos de Lex, como si quisiera atravesar con la vista el espeso tejido de los pantalones.

—¿Tan mal tienes lo de ahí dentro, muchacho?

En vez de responder se arremangó los pantalones, y murmuró avergonzado:

—Véalo usted misma.

La tía se levantó un poco de la silla y dirigió una mirada púdica al punto indicado; pero la retiró al instante.

—Ya he visto bastante—suspiró—. Eso no son más que mangos de escoba; una verdadera miseria.

—¿Y con ellos quiere usted que vaya con polainas?—gimió Lex—. Tía, no me queda más remedio que ahorcarme.

—¡Ya comprendo tu mal humor! ¡Qué piernas, Dios mío!

Otra vez volvió la vieja a dar impulso a la rueda, mientras iba reflexionando si encontraría algún remedio para aquella miseria.

De repente pareció ocurrírsele una idea salvadora.

—Lo hemos de probar, Lex—dijo—. Yo te ayudaré y te arreglaré de tal modo que nadie lo conocerá.

Lex abrió los ojos tanto como pudo para mirar a su optimista tía, y preguntó, sacudiendo la cabeza con gesto de duda:

—¿Eres capaz de hacer algo bueno con semejantes cañas? Si lo haces será por arte de brujería.

—Vas a ver: si no tienes pantorrillas verdaderas, te las haré falsas. Katl ha de ser tuya.

—Pero cuando los demás mozos sepan que llevo pantorrillas artificiales, me despellejarán vivo.

—Nadie ha de saberlo; confía en mí. Nadie como las mujeres para los postizos. Pero tú por tu parte has de mostrarte muy alegre en el mesón y no quedarte callado como un muerto.

Tan segura hablaba la tía de su victoria, que el mismo Lex cobró nuevos ánimos. Vuelto a su buen humor, sacó sus zuecos de debajo del banco y se marchó al establo.

—Siendo así, por ahora no me ahorco—dijo al marcharse.

La vieja Burgl ya no volvió a poner la rueda en movimiento; fuése a su cuarto y buscó entre su ropa de cama una colcha vieja. Extendióla encima de la mesa y después de madura reflexión, la desgarró en largas tiras que parecían vendas.

Al hacer esto la buena Burgl, sonreía sola y murmuraba:

—Dentro de ocho días hay fiesta en la Iglesia y para entonces le arreglaré al chico un par de pantorrillas, que tendrán que ver.

Luego añadió en voz baja:

—Pero, por los clavos de Cristo, ¿de dónde habrá sacado Lex tales palillos? ¡Ni que fuera de la aristocracia!

Cuando llegó la fiesta a que aludiera la tía Burgl y las primeras parejas se encaminaron al mesón del pueblo, la vieja encerróse con su sobrino en la habitación del piso alto; corrió todas las cortinas y hasta tapó con cera el ojo de la cerradura, a fin de que ninguna mirada curiosa pudiera descubrir lo que se hacía allí dentro.

Lex sentóse en una silla. Tenía unos calzones de cuero recién cosidos y extendía sus flacas piernas en toda su desnuda miseria, con una sensación de vergüenza.

Su tía estaba arrodillada en el suelo delante de él y vendó con las largas tiras del cubrecama, uno tras otro, «dos dos mangos de escoba». Trabajaba con el más exquisito cuidado, sin dejar un solo pliegue, un solo abultamiento poco natural, que pudiera traicionarle. Sabía ejecutar su tarea de un modo tan perfecto, que nadie hubiera soñado que un trozo de ropa vieja formara aquella elegante curva de la pantorrilla.

¡Pero qué trabajo hubo de tomarse! Y apenas si las tiras alcanzaron para su objeto.

Por último, dió la tía con la aguja algunos puntos sobre el conjunto, para que ningún movimiento de la pierna fuera causa de que se aflojasen las vendas.

—¡Vaya, Lex! ¡Ahora ya tienes pantorrillas!

Lex púsose en seguida las medias verdes, que su buena tía le alargaba, y cuando se cercioró de qué manera las iba a lucir sobre las pantorrillas, se estremeció de placer. Luego que se calzó los zapatos y dió unas vueltas por el cuarto, dijo con orgullo:

—¡Tía! ¡Un hombre con pantorrillas es otra cosa!

Después, con gesto decidido echóse la chaqueta al hombro y se encaminó al mesón. Todos admiraron sin disimulo el ventajoso aspecto que ofrecía Lex. Las muchachas le miraban a hurtadillas y los mozos le inspeccionaban por todos lados. ¿Quién iba a imaginar que los pantalones largos de Lex Bachler ocultaran tales encantos? ¡Y hoy los mostraba atrevidamente y sin rebozo! Tan pronto cogía a una muchacha como a otra y se balanceaba con ellas bailando en medio de la sala, siendo así que todo el mundo estaba acostumbrado a verle en otras ocasiones vagar solo, de un lado a otro, con expresión verdaderamente alicaída.

Además, hoy estaba elegante hasta un punto inconcebible en él. En la cinta del sombrero se había puesto un cigarro de Virginia y detrás de la oreja derecha llevaba dos ramitas de romero.

La cocinera había ya entreabierto varias veces la puerta de la cocina para mirar a Lex. Sentíase un tanto enojada, porque aquel día el mozo parecía no preocuparse de ella.

—¡Y qué par de pantorrillas!—pensaba—. ¡Esto sí que no es adquirir el género sin verlo!

Pronto se oyeron pasos junto a la cocina y la puer-

ta se abrió para dar paso a Lex, que se presentó triunfante delante de Katl. No le dijo ni una palabra. Hoy era a ella a quien tocaba hablar. El no era necesario que lo hiciese; ¡le bastaba con lucir las pantorrillas!

Pero Katl pensó:

—Si espera que yo empiece, aviado está.

Y no se preocupó más que del lechón que tenía en el asador. Luego se inclinó a mirar el gran caldero donde hervía el asado de vaca.

—Después de la vaca entraré en turno—pensó Lex.

Y no se engañó.

—¿Qué haces aquí curioseando?—Preguntó ella con los brazos en jarras.

Sin inmutarse, Lex aprovechó la ocasión para admirar los brazos desnudos de la cocinera.

—¡Qué par de brazos tan rollizos, Katl!—dijo, con la esperanza de que le devolviera el cumplido con una alabanza a sus pantorrillas.

Katl le miró de pies a cabeza con expresión de enojo; pero obstinándose en no fijarse en las pantorrillas de su pretendiente.

A éste se le encogió el corazón.

—Katl, ¿qué tienes contra mí? ¡Mírame! ¡No me dices nada!

Katl le miró desde la cabeza hasta la cadena del reloj; pero no pasó de allí.

—Si al menos me mirase las piernas—pensó Lex—estaría salvado.

Entonces probó fortuna valiéndose de la astucia.

—Me aprieta el zapato izquierdo—suspiró. Y luego, otra vez: —¡Dios mío, me parece que se me destiñen las medias!

Todo era inútil; Katl no bajó los ojos ni una pulgada.

Entonces al mozo se le ocurrió otro medio. Si ella no quería mirar hacia abajo, él subiría la pierna.

Mientras la obstinada Katl buscaba un bote por un lado, Lex levantó el pie izquierdo y lo puso al borde de los fogones.

—¡Ahora, aunque quiera, no podrá dejar de ver mis pantorrillas!—se dijo.

Entre tanto Katl había cogido un gran puchero de sopa de venado, que estaba hirviendo, para retirarlo del fuego, y al volverse precipitadamente topó con el pie levantado de Lex, cayéndosele el puchero de las manos.

—¡Jesús, María!—gritó.

La sopa hirviendo se derramó por la pierna del pobre Lex, que, dando un grito de dolor, retrocedió, tambaleándose, hasta el barico del hogar.

¡Ay, ay..., que me abraso!

El grito de terror de Katl había resonado en la sala e inmediatamente entraron algunos mozos en la cocina para ver lo que sucedía. Katl chillaba y lloraba.

—¡Le he quemado..., le he quemado el pie con la sopa hirviendo!

—Lástima de sopa—comentó un hombre de buenos sentimientos.

—Ponedle aceite—dijo otro—. Eso refresca.

Pero Lex no quería saber nada de todo esto, por lo que, cuando alguien pretendió sacarle las medias, se defendió como un loco furioso.

Entonces se adelantó un vigoroso mocetón, Michl Turner, que entendía bastante de medicina, puesto que su padre proveía de leña al médico.

—¡Fuera las medias y frotdale la quemadura con sal y vinagre!—ordenó resueltamente.

Lex se revolvía como un poseso.

—Ya le ha dado la fiebre de la quemadura—aseguró Michl—. ¡Sujetadle!

Inmediatamente una docena de manos cayeron sobre el lacerado Lex y le retuvieron sentado en el banco.

Apenas Michl había arreglado un poco la media, exclamó asustado:

—¡Jesús! ¡Toda la piel está convertida en un harapo obscuro!

Y precipitadamente volvió a poner la media como estaba.

—¡Lex, te suplico que me perdones! ¡Créeme que no fué culpa mía!

—De buena gana, Katl—respondió Lex, sonriendo en medio de su dolor.

Con estas palabras Katl se emocionó más todavía. Comenzó a acariciarle y acabó por darle un beso.

—Esto me alivia, Katl—murmuró agradecido el infortunado Lex—. ¡Y me refrigera!

Pero pronto volvió a quejarse: —¡Me abraso, me abraso! ¡Qué calor más infernal!—. Hasta que Katl se acercó a aplicarle de nuevo su especial refrigerio.

Entre tanto se habían juntado algunos mozos que cogieron a Lex y le llevaron a su casa a presencia de su tía.



—Tiene el pie de un color de café tostado—informaron a la asustada Burgl—. ¡Pero qué demonio tenía que ir a husmear en la cocina! Ya hemos enviado a buscar al médico.

Y después de instalar al escaldado joven, se marcharon.

A su llegada, el médico encontró cerrada con llave la puerta del cuarto de Lex. Burgl le manifestó que sus servicios no eran necesarios. Ella curaba siempre las quemaduras con un viejo remedio casero. Lex, por su parte, no se opuso en lo más mínimo al tratamiento de su tía; dejóse quitar de buen grado la media y no pestañeó siquiera cuando Burgl comenzó a desprender la «piel abrasada». Deshizo primero todo el vendaje y luego apareció a la vista una segunda piel, toda ella muy colorada y cubierta de ampollas, aunque no muy grandes, a las que la tía aplicó paños de aceite de linaza.

Katl iba a diario a la casa para informarse del estado del pobre Lex. La contestación era cada día más tranquilizadora.

—¿Perderá el pie?

—No lo permita Dios; eso no.

—¿Y qué le ha pasado con la piel quemada?

—Se ha desprendido muy bien y ya va saliendo la nueva debajo. Mi Lex tiene buena encarnadura. Cura tan de prisa como un perro.

Ante semejante noticia, Katl mostraba una alegría loca.

Y no pasó mucho tiempo sin que Lex volviera a andar por el pueblo con pantalón largo y grueso. Las medias volvían a estar colgadas en el granero, al lado

de las polainas de piel. Lex ya no las necesitaba; habían cumplido su misión.

Pronto se celebró la boda. La vieja Burgl hizo de buen grado sitio a la joven pareja. La fama de la tía era tan grande, que siempre que alguien sufría quemaduras de importancia la llamaban; pero ella rehúsaba siempre, porque no quería ejercer de curandera. Verdad que tampoco lo necesitaba, porque Lex la llevaba en palmas.

Hasta ahora Katl no se había enterado de la falsa. Una vez, por casualidad, puso los ojos en la pantorrilla izquierda de Lex.

—¡Jesús, qué cosa más seca!—exclamó llevándose las manos a la cabeza.

—Sí, ya lo ves, Katl; ésta es la que se me quemó—le dijo Lex—. ¡Desde aquel día no me ha vuelto a crecer!

Otra vez, al presentarse Katl justamente cuando Lex se ponía la media, volvió a extrañarse.

—¡Santo Dios! ¡Qué pantorrilla es ésa!

—Sí; el agua caliente—el agua caliente!—respondió Bachler.

Katl reflexionó un rato, y luego dijo:

—¡Pero... si éste es el pie derecho, Lex!

—Seguramente, en que tú me quemaste.

—¿Pues no era el izquierdo?

—¡De ningún modo!

Y así escapó.

Pero cuando Katl—y temo que un día u otro suceda—vea a la vez las dos pantorrillas de Lex, habrá que ver cómo se las compone éste para convencerla.



MAXIMAS

Lo que muchas veces impide que nos abandonemos a un solo vicio es que tenemos muchos.

Nosotros elevamos la gloria de unos para abatir la de otros; en ocasiones se alabaría menos a M. el Príncipe y a M. de Turenne, si no fuera por censurar a los dos juntos.

Fácilmente olvidamos nuestras faltas cuando ellas no son conocidas más que de nosotros.

El deseo de parecer hábil dificulta muchas veces el serlo.

La virtud no iría tan lejos, si la vanidad no le hiciese compañía.

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estándartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M
Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

El Arca de Noé

CASA ESPECIAL EN SUMINISTRO DE OFICINAS

ALMACEN DE PAPEL
OBJETOS DE ESCRITORIO

PAPELES DE HILO Y ALGODON — SOBRES DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS
STILOGRAFICAS GARANTIZADAS—LIBROS RAYADOS—TINTAS DE 1.^a CALIDAD

VENTAS AL POR MAYOR Y AL DETALL

CORREDERA BAJA, 39.—TELÉFONO 44-79 M.—SUCURSAL: CALLE DEL PEZ, NÚM. 2.

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

Príncipe, 9.—MADRID.—Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAN-
DERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHA-
RRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRETERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES,
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOR-
DADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ES-
TRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES
Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLI-
NES, PLUMEROS Y GOLAS, ÉTC., ÉTC.

«Guía del suboficial, sargento, cabo y soldado para obtener destinos» por D. Galo Paule, Suboficial de Caballería.
Los pedidos al autor en Regulares Indígenas de Melilla, número 2.

DISPONIBLE

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las **FAJAS DE JUSTO**. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las untas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen jipele
hace un buen
Caballo
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata

LOS TERCIA

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

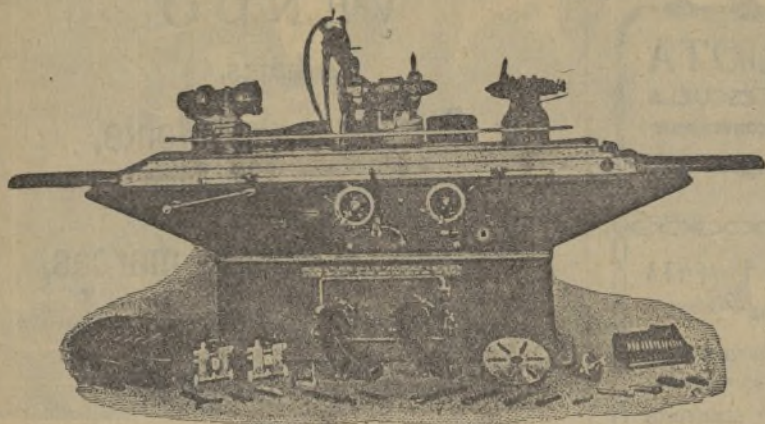
Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK

— Consejo de Ciento, 421 —

BARCELONA —

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Máquinas de roscar en roscas de madera —:— Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES

ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callificado por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4, MADRID

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIPO

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTÍNEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 67, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-uritarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acadé para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goriz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. • • • Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.543.-J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar



El "Pianola-Piano"

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de

TODOS LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL "PIANOLA"-PIANO

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,

de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

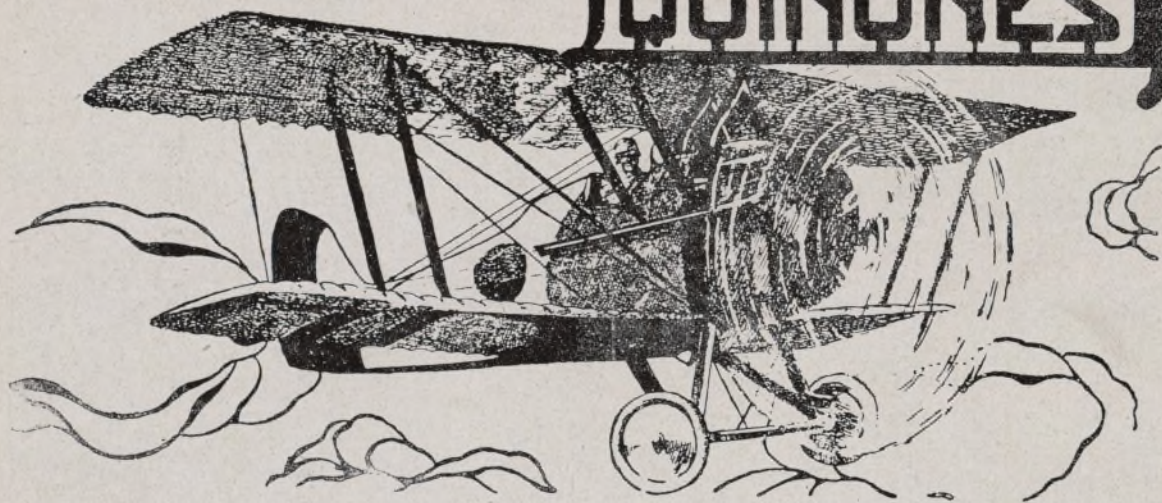
S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



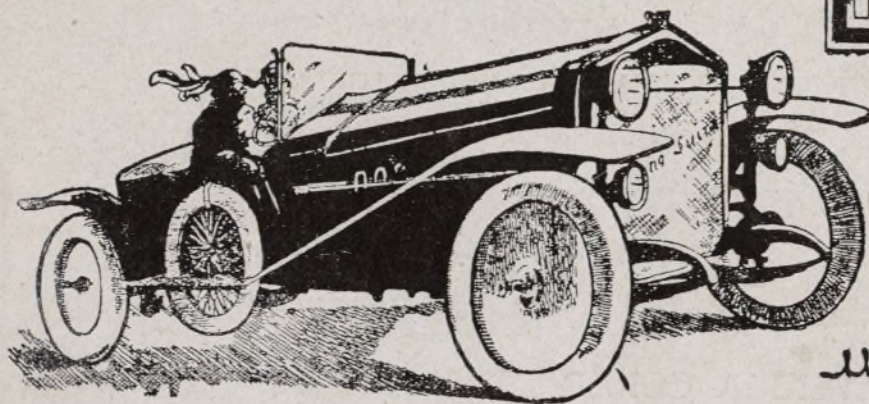
ACCESORIOS PARA AUTOMÓVILES, GLOBOS Y AEROPLANOS

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—
Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de
bolas.—Hélices.—Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para glo-
bos.—Tajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Acei-
tes y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Quinones

Impo. Armas y Letras, Tutor, 6.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid